UTOPÍSTICA
O las opciones históricas del siglo XXI

Por

IMMANUEL WALLERSTEIN

Traducción de:
ADRIANA HIERRO

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. ¿EL FRACASO DE LOS SUEÑOS, O EL PARAÍSO PERDIDO?

2. ¿LA DIFÍCIL TRANSICIÓN, O EL INFIERNO EN LA TIERRA?

3. UN MUNDO MATERIALMENTE RACIONAL, O ¿SE PUEDE RECUPERAR EL PARAISO?

PRÓLOGO

Esta obra es una versión revisada de las conferencias Sir Douglas Robb impartidas en la Universidad de Auckland, Nueva Zelanda, los días 16, 22 y 23 de octubre de 1997. Agradezco a la universidad el haberme invitado a dar estas pláticas y permitirme formular los argumentos de este ensayo. Parte del capítulo 2 se integró a un artículo publicado en la revista *Canadian Journal of Sociology,* en 1998.

1. ¿EL FRACASO DE LOS SUEÑOS, O EL PARAÍSO PERDIDO?

¿Utopías? ¿Utopística? ¿Se trata de un juego de palabras? No lo creo. Utopía, como todos sabemos, es una palabra acuñada por Tomás Moro y significa literalmente "ninguna parte". El verdadero problema con todas las utopías que conozco no es sólo que no han existido en ninguna parte hasta el momento sino que, en mi opinión y en la de muchos, parecen sueños celestiales que nunca podrán hacerse realidad en la Tierra.[1] Las utopías cumplen funciones religiosas y a veces también son mecanismos de movilización política. Pero políticamente tienden a fracasar, ya que son generadoras de ilusiones y —cosa inevitable— de desilusiones. Las utopías pueden usarse —y se han usado— como justificaciones de terribles yerros. Lo último que necesitamos son más visiones utópicas.

A lo que me refiero con la palabra "Utopística", que inventé como sustituto, es algo bastante diferente. Es la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, realmente mejor y plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. Es por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad. Si en el lazo estrecho entre ciencia, política y moralidad parece faltar el espíritu de la ciencia moderna, apelo a lo que dijera Durkheim sobre la ciencia:

> Si la ciencia no puede ayudarnos a elegir la meta óptima, ¿cómo puede determinar el mejor camino para llegar a ella? ¿Por qué ha de sugerirnos el camino más rápido antes que el más económico; el más seguro en lugar del más sencillo, o viceversa? Si no puede guiarnos en la determinación de nuestros fines más elevados, tampoco puede determinar los fines secundarios y subordinados que llamamos medios.-[2]

Por supuesto que nuestros códigos morales también se jactan de ofrecernos una guía para llegar a las metas óptimas. Y la política es el logro terrenal de esas metas, o al menos pretende serlo. La utopística trata de reconciliar lo que la ciencia, la moralidad v la política nos enseñaron que deben ser nuestras metas: nuestras metas generales, no los fines subordinados secundarios que llamamos medios. Estos últimos son sin duda importantes, pero constituyen los problemas permanentes de la vida cotidiana de un sistema histórico. Establecer con eficiencia nuestras metas generales suele resultarnos difícil. Sólo en momentos de bifurcación sistémica de transición histórica, la posibilidad se convierte en realidad. Es en estos momentos, en lo que llamo Tiempo Espacio transformacional[3] que la utopística se convierte en algo no tan sólo pertinente, sino en nuestro principal interés. Justo en ese momento nos encontramos ahora.

Este análisis se centra necesariamente en el concepto de racionalidad material concebido por Max Weber en contraste con el de racionalidad formal. Con esto se refería a la elección de fines desde la perspectiva de los "postulados de valor" *(werlende Postúlate).* Weber nos dice que el concepto está "Lleno de ambigüedades" y que "existe un número infinito de posibles escalas de valores para este tipo de racionalidad". En este sentido, agrega, "el concepto 'material' es genérico abstracto".[4] Estos valores, como nos lo dice la expresión original de Weber

---

[1] Véase mi discusión en "El invento de las realidades del TiempoEspacio: hacia una comprensión de nuestros sistemas históricos", en *pensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas de cimonómicos,* México, Siglo XXI, 1998, pp. 149-163.

[2] Emile Durkhenn.Las reglas del método sociológico. México. Fondo de Cultura Económica. 1986

[3] Véase mi discusión en " El invento de las realidades del tiempo Espacio:hacia una comprensión de nuestro sisytema históricos", en Impensar las ciencias sociales. Limites de los paradigmas de cimonómicos, México, Siglo XXI, 1998 .PP.149-163.

[4] Max Weber, *Economía* y *sociedad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964, vol. I, pp. 64-65 Véase mi análisis de este concepto en "Social science and contemporary society: The vanishing guarantes of rationality", *International Sociology,* XI, 1 de marzo de 1996, pp. 7-26.

en alemán, son "postulados", y obviamente en torno a los postulados podemos disentir. De hecho, es casi seguro que no estemos de acuerdo. Nuestras preferencias morales nos llevan directamente a luchas políticas.

¿Dónde entra entonces la ciencia? ¿Cómo es que el conocimiento social nos ayuda a tomar estas decisiones morales y políticas? En el ámbito político, en el sentido más amplio de la frase, nadie afirma tan sólo las elecciones políticas. En el mundo moderno, por lo menos, todos tenemos que recurrir a un grupo de personas más numeroso que aquel con el que compartimos nuestros intereses y preferencias comunes en busca de apoyo para nuestros razonamientos. Eso es lo que cuenta para legitimarlos. La legitimación es el resultado de un proceso a largo plazo cuyo componente central es la persuasión de un tipo específico: implica persuadir a quienes al parecer están teniendo un rendimiento deficiente en el corto plazo de que van a mejorar mucho más a la larga precisamente por la estructura del sistema, y que, por lo tanto, deberían apoyar el funcionamiento de éste y su proceso de toma de decisiones. Esta pérdida de legitimidad es, a mi juicio, un factor primordial de la crisis sistémica en que nos encontramos. La recreación de cierta clase de orden social es cuestión, no sólo de construir un sistema alterno, sino también, en gran medida, de legitimarlo.

Es posible legitimar los sistemas —todavía lo hacemos en cierta medida- apelando a la autoridad o a las verdades místicas, pero en la actualidad también lo hacemos, y quizá en mayor grado, mediante los llamados argumentos racionales. Éstos forman parte del discurso de la ciencia y afirman su validez con base en el conocimiento científico aceptado. Por supuesto, no todo lo que los científicos afirman que es cierto necesariamente es correcto. Y existen aún mayores dudas sobre la validez de las deducciones que las personas del ámbito político extraen de lo que creen —o fingen creer— ha sido demostrado científicamente. La validez de nuestro conocimiento colectivo, y en particular las conclusiones que podemos sacar de él sobre nuestros sistemas históricos, es un elemento crucial en el afán por definir lo que constituye la racionalidad material. Por lo tanto, la utopística implica replantear las estructuras del conocimiento y de lo que en realidad sabemos sobre cómo funciona el mundo social. Desde que tenemos sueños —sueños importantes, sueños políticos— hemos sufrido desilusiones. La Revolución francesa agitó a muchos millones y sorprendió a todos aquellos que participaron en ella. Parecía el comienzo de una nueva era. Y no mucho tiempo después uno de sus primeros seguidores, William Wordsworth, escribió su amargo canto fúnebre, los *Preludes,* por los terribles estragos que causó. La Revolución rusa, que empezó como los *diez días que sacudieron al mundo,* se convirtió para muchos, una generación después, en *el Dios que falló.* Y esta historia, tan clara para las precursoras revoluciones francesa y rusa, se ha repetido incontables veces en los muchos otros acontecimientos políticos que denominamos "revoluciones" en el mundo moderno.

Para los pensadores conservadores, desde Burke y De Maistre, ésa ha sido la reflexión de lo que inevitablemente ocurre como resultado de la ingeniería social. Y, según ellos, cuanto más grande es la ambición, mayor es el daño. El núcleo del conservadorismo, como ideología moderna, es la convicción de que los riesgos de una intrusión colectiva consciente en las estructuras sociales existentes que han evolucionado de forma histórica y lenta son muy elevados. En el mejor de los casos, arguyen, se pueden aprobar algunas oportunidades, siempre y cuando se las valore con mucha prudencia y se las considere absolutamente necesarias. Y aun entonces deben establecerse con toda cautela y reserva. En esta doctrina conservadora hay una mezcla de dudas teológicas sobre la manipulación humana con el mundo de Dios, y de escepticismo con respecto a la capacidad del hombre para alcanzar la sabiduría, o más bien para tomar decisiones razonadas, sabias y colectivas.

Sin duda hay una buena razón histórica para tal escepticismo. Y vemos cómo personas inteligentes y sensibles podrían llegar a la conclusión de que en general es mejor que el cambio político se vaya gestando lentamente, no sea que la situación empeore aún más. El problema con ese conservadorismo honesto el que representa la posición (y los intereses) de quienes están mejor en términos de la posición económica y social y en todas las demás áreas relacionadas con la calidad de vida. Lo que esta postura les deja a quienes no están tan bien, y en especial a los que realmente están mal no es otra cosa que el consejo de ejercer una paciencia temperada con cierto grado de caridad inmediata. Pero en vista de

que la paciencia que se requiere carece en cierto sentido de límite de tiempo (y los conservadores hablan con frecuencia de la inevitabilidad de la jerarquía social y. por lo tanto, de la permanente desigualdad social), representa poco adelanto que para la mayoría de los mortales sea algo concreto en su vida o en la vida de sus hijos.

Los orígenes de los llamados movimientos revolucionarios en el mundo moderno constituyen una cuestión muy difícil y polémica y, en lo personal, acepto que no representan, en su mayor parte, levantamientos espontáneos de masas oprimidas en busca de transformar el mundo, sino, más bien, de aprovechar la oportunidad —al menos en un principio— que se les presenta a grupos particulares en momentos en que se viene abajo el orden del Estado (al que estos grupos han contribuido sólo ocasionalmente). Pero, sin importar cómo se pusieron en marcha estas revoluciones, las que han perdurado son aquellas que han atraído un considerable respaldo popular. Creo que el respaldo *post-hoc* tiene una explicación muy sencilla. La paciencia que los pensadores conservadores aconsejan a los menos adinerados nunca ha sido adoptada en forma amplia, profunda o entusiasta, y la fe que estos sub-grupos tienen en la sabiduría de las estructuras tradicionales y sus líderes ha sido bastante limitada. Por el contrario, los subgrupos han sufrido a la autoridad y tienden a verla como inevitable en el peor de los casos o, en el mejor, como difícil de afectar y mucho menos de anular. Lo que los levantamientos revolucionarios ofrecen a la población que claman representar y cuyo apoyo moral y político necesitan, es la perturbación de las expectativas sociales, la repentina intromisión de la esperanza (incluso de las grandes esperanzas) de que todo (o al menos mucho) en verdad puede transformarse, y transformarse rápidamente hacia una mayor igualdad y democratización entre los seres humanos. Si no entendernos que es esta esperanza, que abrigan los seres humanos para sí y para sus hijos, lo que hace que las Madames Deíarges de este mundo tejan mientras los aristócratas mueren en la guillotina, no podremos comprender la historia política de los últimos doscientos años del moderno sistema mundial. Esto no quiere decir que las personas comunes y corrientes aplaudan el régimen del Terror o los *gulags.* Muchas sí lo hicieron, pero muchas no. Algunas les dieron su apoyo consciente; otras apoyaron los movimientos revolucionarios a pesar de los regímenes de terror, y muchas otras se auto convencieron de que ignoraban su existencia. Pero ciertamente dieron su apoyo a las revoluciones, al menos durante mucho tiempo, y esto se debió a que las revoluciones inspiraban esperanza en situaciones que de otra suerte serian desesperadas; desesperadas no tan sólo antes de las revoluciones, sino, previsiblemente, después de cualquier contrarrevolución.

Por cierto, las revoluciones de cualquier clase se deterioran, por razones tanto externas como internas. En lo externo, se las combate, y con ardor. En lo interno, todas se han degenerado. Quienes detentan el poder caen en una profunda desunión, en parte a causa de las tácticas, pero en gran medida como resultado de la rivalidad por el poder. Las revoluciones comienzan a devorar a sus hijos y a mostrar la fealdad de su rostro, y así empiezan a perder gran parte del apoyo que se han ganado.

Hoy en día es muy aceptado —aunque no universalmente—, que la Revolución francesa no fue un movimiento burgués y que la Revolución rusa no fue una revolución proletaria. Entonces, ¿qué fueron? ¿Fueron revoluciones? Todo depende, por supuesto, de lo que se quiera decir con "revolución" (política y/o social). El concepto mismo de una revolución moderna supone la importancia de las fronteras de los estados para el análisis y la acción, así como su relativa autonomía en evolución. Supone que los estados en el mundo moderno pueden caracterizarse como feudales o capitalistas o socialistas o cualquier otra cosa. De ahí que podamos hablar sobre las rupturas que marca la transformación de la estructura de un Estado en particular y llamarlas revoluciones. De ahí también que podamos provocar de manera deliberada (o tratar de hacerlo) tales rupturas.

Esto es lo que en esencia queremos decir cuando hablamos de revoluciones y de actividades revolucionarias. Por cierto, se ha generado gran inconformidad sobre qué criterios distinguen el llamado cambio político normal (aun cuando se dé a través de medios violentos) y el llamado cambio verdaderamente revolucionario. Pero esta inconformidad no afecta el modelo básico de ambos lados de este argumento de que las transformaciones básicas pueden ocurrir en el mismo nivel, y que ciertamente (para muchos, si no para la mayor parte de los

analistas) tales cambios *sólo* pueden ocurrir en el mismo nivel. Yo ofreceré un modelo diferente, uno que sostenga que no ha habido revoluciones en los estados que conforman el moderno sistema mundial, y que no podía haberlas si por revolución entendemos un cambio que transforma la estructura social subyacente y el funcionamiento del Estado en el que supuestamente se produjo la revolución. Sin embargo, debo señalar que estas llamadas revoluciones han sido elementos muy importantes en la historia de la evolución del moderno sistema mundial, porque ciertamente han cambiado parámetros importantes de cómo es y de cómo ha venido evolucionando en su conjunto. Por último, debo también señalar que como resultado de este cambio de énfasis, ni las ilusiones ni las desilusiones se han justificado y, por lo tanto, no representan actitudes razonables antes de estos acontecimientos políticos.

El moderno sistema mundial, que es una economía-mundo capitalista, ha existido desde el siglo XVI. Se creó originalmente sólo en una región del globo, en casi toda Europa y parte del hemisferio occidental. Con el tiempo se expandió con una dinámica interna y gradualmente incorporó a su estructura otras regiones del planeta. El sistema moderno se globalizó desde el punto de vista geográfico apenas a finales del siglo XIX, y tan sólo en la segunda mitad del siglo XX se han ido integrando los rincones y las regiones más recónditas del globo.

La creación de la estructura de los estados (los llamados estados soberanos, que operan dentro de las restricciones de un sistema interestatal) fue parte de la creación de un mundo y una economía capitalistas, y fue *un* elemento necesario en su estructuración. La evolución de la estructura de los estados, su capacidad para ganar fuerza en su interior y en relación con otros estados del moderno sistema mundial, reflejó la evolución de dicho sistema como un todo integral. Los estados nunca fueron entidades autónomas, sino más bien una característica institucional importante del moderno sistema mundial. Tenían poder, aunque no ilimitado, y desde luego algunos estados tenían más poder que otros. Podía decirse que el moderno sistema mundial en su conjunto se caracterizaba por su modo de producción. El moderno sistema mundial era, y es, un sistema capitalista, es decir, un sistema que opera sobre la premisa de la acumulación incesante de capital a través de la mercantilización de todo.

Los estados que figuran dentro de este sistema son instituciones del mismo, así que cualquiera que sea su forma particular, responden de alguna manera a la premisa de su impulso capitalista. Por lo tanto, si por revolución entendemos que un Estado antes feudal se convierte en capitalista, o que un Estado antes capitalista se convierte en socialista, el término no tiene ningún significado operativo y es una descripción engañosa de la realidad. Para ser exactos, hay muchas clases posibles de regímenes políticos, y no hay duda de que a las personas que viven en un Estado en particular les importa muchísimo la naturaleza de ese régimen.

Pero estas diferencias no han cambiado el hecho básico fue que todos estos regímenes han sido piezas de la maquinaria del moderno sistema mundial, es decir, de la economía-mundo. Y tampoco podría haber marcado una diferencia antiguamente. Puedo oír las objeciones. Las he oído muchas veces. *¿Cómo* afirmar que los antiguos estados socialistas (o los que siguen estando regidos por partidos marxistas-leninistas) eran (o son) capitalistas? ¿Cómo asegurar que los estados que están aún bajo el régimen de jerarquías tradicionales son capitalistas? Yo no afirmo nada porque no creo que los estados puedan tener esas atribuciones. Lo que sí aseguro es que estos estados se localizan dentro de un sistema mundial que opera con una lógica capitalista, y que si las estructuras políticas, o las empresas, o las burocracias del Estado intentan tomar decisiones en términos de alguna otra lógica (y desde luego que lo hacen con frecuencia), tendrán que pagar un precio muy alto. El resultado será que cambiarán su modo de operar o bien perderán poder o capacidad para afectar al sistema. Me atrevo a sugerir que la lección más clara que podemos aprender de la llamada caída de los comunismos — aunque yo no acepto que lo sea sólo porque los partidos comunistas ya no están en el poder— es que la supremacía de la ley de los valores ha operado de manera eficaz en estas áreas. Creo que ya operaban sobre esta base desde hace mucho tiempo.

La refutación constante que oímos en contra de esa descripción de los llamados regímenes socialistas es que quizá sea cierta, pero no tenía que serlo. Ésta es la apreciación que afirma que estos regímenes eran impuros, inadecuadamente socialistas, hasta traidores al sueño. Tampoco acepto esta afirmación. La mayor parte de los revolucionarios tratan ciertamente de ser revolucionarios al principio de sus esfuerzos como tales. Muchos de los regímenes revolucionarios realmente tratan de cambiar el mundo. No traicionan sus ideales. Descubren que, como individuos y como regímenes, las estructuras del sistema mundial los restringen a comportarse en cierta forma y dentro de determinados parámetros o. de lo contrario, pierden toda capacidad de ser actores importantes en ese sistema mundial. Y así, tarde o temprano, doblegan sus intenciones a la realidad.

Todo se reduce a comprender cómo operan los sistemas de cualquier tipo. Los sistemas tienen fronteras, aunque éstas cambien. Los sistemas tienen reglas, aunque éstas evolucionen y los sistemas cuentan con mecanismos inter-construidos para recuperar el equilibrio, de manera que las *grandes* desviaciones -intencionales o accidentale- de los patrones esperados tienden a convertirse a mediano plazo en cambios relativamente *pequeños.* No es que los sistemas sean estáticos. Nada de eso. Tienen contradicciones inter-construidas y como resultado de su intento por hacerles frente manifiestan tendencias seculares. Llegan a puntos de bifurcación, y el resultado es que se transforman en otro sistema o son sucedidos por otro.

El punto crucial es distinguir entre la vida normal y continua de un sistema y sus dos momentos de transformación: su principio y su fin. Las revoluciones francesas y rusa, y todas las otras sobre las que hemos hablado tuvieron lugar dentro de la vida normal y continua de la economía-mundo capitalista. Aunque representaban desviaciones relativamente grandes con respecto a los patrones esperados, dieron por resultado, a mediano plazo, cambios relativamente pequeños.

El entusiasmo de algunos por las revoluciones, y la enorme hostilidad de otros, eran parte de los mecanismos *del* sistema. El hecho de que el entusiasmo fuera acumulativo era un mecanismo: el hecho de que el entusiasmo diera paso a la desilusión era otro.

Las revoluciones nunca funcionaron en la forma en que sus promotores esperaban o del modo que sus opositores temían. Eso no significa que fueran irrelevantes. En realidad, el patrón repetido de tales levantamientos ha sido un elemento importante en el establecimiento de ciertas tendencias seculares en el sistema, tendencias seculares cuyo impacto estamos sintiendo apenas desde 1945, y aún más desde 1989.

La mayor parte de las ilusiones y de las desilusiones acerca de las revoluciones francesa y rusa (y la mayoría de los escritos al respecto) tienen que ver con su impacto en Francia y en Rusia, y el debate sobre los méritos de lo que realmente sucedió atrae la retórica de opiniones encarnizadamente opuestas. Yo asumo una postura similar a la que adoptara Tocqueville con respecto al impacto interno: la de la *longue duré* (la larga duración). Si uno compara estos países en un momento determinado, veinte años antes de la revolución, y otros veinte años después de la fecha en que se considera que ésta terminó, no queda claro que los cambios que uno ve sean mayores que los encontrados en países comparables que no atravesaron por una supuesta revolución. Sin embargo, esto no sería cierto si uno viera el sistema mundial como un todo. Se pueden rastrear cambios más importantes en la geocultura del sistema mundial como resultado de esas dos revoluciones, cambios que se reflejan en las tendencias seculares del sistema mundial en su conjunto. Y esto es cierto —aunque puede decirse que las revoluciones "fallaron"— en el sentido de que los gobiernos revolucionarios (y los sucesores inmediatos que se proclamaron sus herederos o que eran vistos como tales) fueron derrocados por una contrarrevolución

Todos conocemos las reivindicaciones básicas de los revolucionarios franceses. Se oponían a los privilegios hereditarios. Defendían la igualdad moral y jurídica de los individuos, insistían en la importancia del concepto de ciudadanía, es decir, de ser miembro de una comunidad llamada nación que ofrecía, en

principio, iguales derechos de participación en la arena política al menos para todos los varones adultos. Sin duda estas demandas eran la expresión de una presión aún mayor que la mera expresión de quienes forjaron la Revolución francesa. Pero fue ésta precisamente —por su violencia, entusiasmo y empuje— la que hizo que esas demandas parecieran saltar del reino marginal de las ideas revolucionarias a la arena de los elementos normales, hasta obvios, de cualquier sistema político. El hecho de que esas reclamaciones se difundieran entonces, sin duda en forma bastante ambigua, por medio de los intentos napoleónicos de conquista, fue importante para su arraigo en la mentalidad popular.

La importancia de la transformación puede verse después de 1813, después de la Restauración en Francia, ya que entre 1845 y 1848 los conceptos básicos de la Revolución francesa siguieron abriéndose paso hacia la categoría de supuestos generalizados de lo que se acepta como las premisas legitimas de la acción política. En realidad hubo tres conceptos que se ganaron esa clase de legitimidad. El primero fue que el cambio político era continuo y normal más que excepcional y esencialmente ilegitimo. El segundo fue que la soberanía reside en el pueblo, más que en el gobernante o en *un ó*rgano corporativo aristocrático. El tercero fue que los individuos que residen en un Estado constituyen una nación, de la cual son ciudadanos.

Para ser precisos, ninguno de los tres conceptos fue aceptado como legítimo por las autoridades del Estado en la era pos-napoleónica, al menos en un principio. Ciertamente la ideología de la Santa Alianza era a todas luces contraria a estos conceptos; de manera específica y enfática afirmaba su ilegitimidad y hasta su inmoralidad. Sin embargo, los conceptos eran suficientemente poderosos como para requerir una denuncia clara, razo-nada, no una represión brutal que, de por sí, era el reconocimiento de su fuerza. De esa manera, la ideología conservadora se formuló en el rechazo de la Revolución francesa y simuló el desarrollo de la ideología liberal que, aunque ambivalente con respecto a ciertos elementos de la Revolución francesa, avaló sus conceptos básicos.

La realidad fue que la Revolución francesa abrió una caja de Pandora y generó aspiraciones, expectativas y esperanzas populares que todas las autoridades constituidas, tanto conservadoras como liberales, encontraron difíciles de contener. En esencia, conservadores y liberales diferían en sus estrategias básicas sobre cómo contener una posible insurrección popular. Los conservadores se pronunciaron por fortalecer la autoridad de las instituciones tradicionales y los líderes simbólicos, comprendiendo el daño que el cambio legislado podía infligir en el orden social. De esa manera, la monarquía, la Iglesia, las celebridades locales y las familias patriarcales eran los puntos de concentración preferidos.

Los liberales argüían que, históricamente, era demasiado tarde para que tales instituciones funcionaran bien, ya fuese rigiendo, ya aplacando el descontento popular. Propugnaron los principios teóricos demandados por las fuerzas populares normalidad del cambio, soberanía popular y ciudadanía— pero administrando el cambio que podría ocurrir bajo sus auspicios. Su programa para administrar era poner en práctica gradualmente estos principios bajo el control de expertos que analizarían de manera racional el ritmo y la técnica necesarios para asegurar que el cambio fuera gradual, y que no desplazara a familias y grupos gobernantes. Los liberales, en pocas palabras, querían un cambio controlado, y cedían apenas lo preciso para seguir aferrándose a casi todo lo que tenían. Sin embargo, los liberales pensaban que se requería *cierto* cambio, y pronto, mientras que los conservadores tendían a dejar que su cautela superara su capacidad de juicio, o a recurrir a la acción represiva para contener el desorden.

Esta lucha de conservadores y liberales entre las minorías gobernantes tuvo lugar en los principales estados del sistema mundial entre 1815 y 1848. La historia de esos años es un incremento constante de la inquietud popular en diferentes formas y lugares. Aun así, lo que podríamos llamar la revolución mundial (o del sistema mundial) de 1848 no estaba prevista, y fue una sorpresa para todo aquel que estaba en el poder. Por un lado, esto mostró que dos grupos populares podían movilizarse con más seriedad de lo que nadie podía haber creído antes. Estos grupos eran, por una parte, los obreros urbanos/industriales y, por la otra, las nacionalidades/naciones oprimidas. El levanta- miento empezó en Francia

como una revuelta social que se extendió con rapidez a otros países, con frecuencia como insurrección nacional. Parecía como si la Revolución francesa empezara de nuevo, pero en esta ocasión no sólo en contra de los conservadores, sino también en contra de los ideólogos liberales. Las revoluciones de 1848 constituyeron el surgimiento de una tercera ideología, una ideología de izquierda que emergió de lo que ahora se consideraba un liberalismo de centro y que se oponía a éste y al conservadorismo de derecha. Esta ideología de izquierda recibió diferentes nombres, pero en general empezó a llamársela socialismo.

Debemos considerar: la revolución mundial de 1848 en dos lapsos: los hechos y consecuencias inmediatos, y los efectos a largo plazo; Vista como un conjunto de sucesos ocurridos en un período de; varios años, podría decirse que era; como un ave fénix. Se inflamó muy rápidamente; y se extinguió por sí sola casi con la misma rapidez La-época-más radical en Francia, por; ejemplo sólo duró cuatro meses. Estos levantamientos (e incluso los; menos radicales) fueron controlados en todas partes con una fuerza a la que los elementos radicales no pudieron oponerse. Aun así, no hay duda de que los que detentaban el poder estaban atemorizados ante estas revueltas, y su miedo tuvo como consecuencia la unión de conservadores y liberales en defensa del orden establecido. En retrospectiva, parece como si hubiera habido un acuerdo tácito entre conservadores y liberales. Los conservadores encontraron él camino en el corto plazo: la seguridad de la, autoridad represiva y, en; particular la proscripción de todos los elementos radicales. Pero los liberales encontraron el camino a mediano plazo: la institución eventual de una serie de; reformas racionales y graduadas, no sólo con el apoyo conservador sino con los conservadores compitiendo; para ver; si podían superar a los liberales en su propio juego.

Los socialistas, promotores de la tercera ideología, estaban tan profundamente afectados por 1848 como los conservadores y .los liberales. :Mientras que los protosocialistas del periodo previo a 1848 estaban comprometidos con el insurreccionismo conspirador (Carbonari, Blanqui) o la retirada utópica como estrategia (Owen, Cabet, y muchas otras variantes), los fracasos de 1848 (el hecho de que los levantamientos espontáneos no tuviesen ningún efecto político significativo) dejaron caer sobre la izquierda un balde de agua fría de realismo político. Optaron por organizarse, estrategia que en última instancia sólo podía tomar la forma de una teoría de acción política en etapas. Conocemos la que los socialistas prepararon en la segunda mitad del siglo XIX. En la primera etapa tratarían de obtener el poder en cada Estado soberano; en la segunda, transformarían la sociedad nacional usando el poder del Estado. Todavía más adelante los socialistas dividirían las tácticas de la primera etapa, ya fuera que obtuvieran el poder a través de las urnas o de una insurrección planeada (que se convertiría en la diferencia teórica entre la Segunda y la Tercera Internacionales).

Lo que debería subrayarse sobre la estrategia socialista de la búsqueda organizada del poder del Estado es que, a la larga, no había mucha diferencia con respecto a la estrategia liberal del cambio racional administrado por expertos. Sólo que los expertos se ubicaban en la estructura del partido, más que en la burocracia. Así que en el periodo posterior a 1848 surgieron dos patrones muy claros. Por un lado teníamos una tríada de ideologías -conservadores, liberales, socialistas- compitiendo políticamente casi en todas partes. Por el otro, el liberalismo centrista se convirtió en la ideología dominante en todo el mundo, precisamente porque los programas tanto de conservadores como de socialistas tendían a convertirse en meras variantes del tema liberal subyacente de reforma administrada. Ambos patrones permanecieron vigentes no sólo hasta 1917, sino hasta 1968.

En consecuencia, podemos argüir que el resultado a largo plazo de la Revolución francesa fue que, al legitimar una serie de conceptos que antes habían sido marginales, dio lugar a un trío de ideologías, interesadas en contener una presión popular legitimada que buscaba el cambio. A su vez este conflicto político entre las tres ideologías se tradujo en que una de las tres —el liberalismo centrista llegaría a dominar y podría imponerse como la geocultura del sistema mundial, con lo que se establecieron los parámetros dentro de los cuales habría de tener lugar toda la acción social, durante, más de un siglo.

Toda la evolución podría verse, como una dialéctica de procesos. Las pasiones populares, desatadas, y en particular la legitimación de los objetivos populares, forzaron a los grupos dominantes a hacer concesiones importantes a mediano plazo por medio del programa del liberalismo; las más-importantes de ellas fueron el sufragio (universal en, última instancia) y la redistribución económica parcial (el Estado benefactor). Estas concesiones fueron la consecuencia de la presión popular alimentada por la esperanza y las expectativas, pero las concesiones mismas fortalecieron la esperanza y las expec-tativas. Al final del arco iris liberal parecía estar la visión de la sociedad democrática Pero esta esperanza estas expectativas volvieron mucho, más pacientes, mucho menos insurrectos, a los estratos populares. En pocas palabras, las concesiones liberales, condujeron a una significativa democratización de las estructuras sociopolíticas (el supuesto objetivo de la Revolución francesa), y también a reducir la presión de cambios más fundamentales (el supuesto deseo de quienes se oponían a la Revolución francesa). En ese sentido, el liberalismo como ideología logró, con enorme éxito, mantener el orden político subyacente de la economía-mundo capitalista. Pero en ese sentido la Revolución francesa dejó su huella en la estructuración y en las tendencias seculares del moderno sistema mundial.

El siglo XIX no fue sólo el siglo de las demandas populares de democratización y del dominio emergente de la ideología liberal como forma más efectiva de contener las demandas populares. También fue la época de la aparición del nacionalismo/identidad, del racismo y del sexismo como temas subyacentes básicos de la geocultura. Esto no quiere decir que las pasiones o las prácticas detrás de estos temas se conocieran por primera vez en este siglo, sino que por vez primera se mostraron como partes explícitas y teorizadas de la geocultura y, por lo tanto, cobraron un significado nuevo y mucho más peligroso.

A primera vista, los tres temas parecen estar en contradicción directa con respecto al liberalismo y, por lo tanto, dan la impresión de negar el dominio confirmado de la ideología liberal. Pero, en realidad, resultaron estar en una oculta relación simbiótica con el liberalismo. El nacionalismo tiene dos caras. Es la protesta de los oprimidos en contra de sus opresores. Pero también es la herramienta de los opresores contra los oprimidos. Así ha sido en todas partes. ¿Pero qué es lo que da al nacionalismo esa propiedad? Esencialmente es su vínculo con la ciudadanía. La ciudadanía se inventó como un concepto de inclusión de las personas en los procesos políticos. Pero aquello que incluye también excluye. La ciudadanía confiere privilegios, y éstos están protegidos al no incluir a todos. Lo que la ciudadanía logró fue que la exclusión dejara de ser una barrera nacional o de clases oculta.

Esta doble característica del nacionalismo -inclusión y exclusión- es crucial para el objetivo liberal de administrar el cambio, social para ofrecer concesiones que apacigüen pero no destruyan el sistema capitalista básico. Incluirlos a todos verdaderamente a todos, habría hecho imposible, mantener la acumulación interminable de capital porque habría difundido la plusvalía hasta hacerla. Casi irrelevante. No incluir a nadie mantener realmente el antiguo régimen, habría hecho imposible mantener la acumulación interminable de capital porque habría conducido a la ira popular y a la destrucción de la coraza política del sistema. La transición de la ciudadanía —la inclusión de algunos y la exclusión de otros— sirvió precisamente para apaciguar a los estratos más peligrosos de los países de las zonas neurálgicas —las clases trabajadoras—sin dejar de excluir de la división de la plusvalía y de; la, toma de decisiones políticas ,a la gran, mayoría de los pueblos del mundo.

De ahí que el nacionalismo de las naciones poderosas (como Inglaterra/Gran Bretaña y, Francia) ayudó a preservar el *statu quo* global. Pero lo mismo hizo el nacionalismo de las naciones oprimidas, que en el siglo XIX todavía significaba el nacionalismo de las naciones europeas llamadas históricas y su transformación de identidades étnicas a estados). En su caso el nacionalismo significaba la inclusión de las clases medias y, en cierta medida de las, clase trabajadoras urbanas, en la repartición global del pastel. Siempre y cuando, algunas de estas naciones se adueñaran a la vez de su soberanía política, su inclusión no provocaba más problema que la extensión del sufragio dentro de naciones poderosas ya soberanas, y era perfectamente compatible con el programa global del liberalismo. Desde luego, el nacionalismo es un concepto que en forma inherente no tiene límites

geográficos, y esto, como veremos, habría de ocasionar algunos problemas más adelante.

El nacionalismo/identidad y el racismo han estado entrelazados. El racismo —la explicación teorizante de la superioridad de la raza blanca, o de los arios—, floreció durante el siglo XIX en el norte y el occidente de Europa, así como en los países dominados por colonizadores europeos. ¿Cuál era el mensaje esencial? Que la inclusión en la política liberal implicaba una especie de superciudadanía, una ciudadanía de los estados poderosos que excluía colectivamente a los pueblos del resto del mundo, incluidos aquellos originarios étnicamente del resto del mundo pero residentes actuales en las naciones poderosas, así como a los pueblos nativos en los países del colonizador blanco. El nacionalismo más el racismo se unen para justificar ideológicamente el imperialismo, sin temor a expresar estas opiniones de modo abierto.

El sexismo también formaba parte de este escenario. El sexismo, visto como una ideología explícita, implicaba la creación y santificación del concepto del ama de casa. Las mujeres habían trabajado siempre, e históricamente la mayoría de los hogares habían sido patriarcales. Pero lo que ocurrió en el siglo XIX era algo nuevo. Representó un intento serio de excluir a las mujeres de lo que arbitrariamente podría definirse como trabajo remunerado. Se colocaba al ama de casa detrás del hombre proveedor de la familia, que dependía de un solo ingreso. El resultado no fue que las mujeres trabajaran más o más arduamente, sino que su trabajo se fue devaluando en forma sistemática.

¿A quién podía convenirle eso?, .Debemos tener presente que esto ocurría en un momento en que la clase trabajadora presionaba para ser incluida en los ámbitos político, económico y social y la clase dominante se esforzaba por apaciguar, estas demandas ofreciendo una inclusión limitada mientras seguía reteniendo la mayor parte de; los privilegios, restringiendo el alcance de la inclusión. La creación del concepto de ama de casa, sirvió al logro de este objetivo en tres formas distintas.

La primera era que ocultaba cuanta plusvalía se estaba asignando realmente a las clases trabajadoras. El hombre proveedor de un único ingreso podría haber visto acrecentado éste como resultado de la exclusión de la competencia de mujeres (y niños) en el mercado laboral, pero parte de estos salarios estaban siendo subsidiados para el ingreso familiar por el ama de casa y, por lo tanto, el ingreso total real de toda la familia no iba al ritmo del incremento en los niveles de la acumulación de capita De ahí que, en términos materiales, el resultado puede haber sido un juego de manos negar con una mano lo que la otra ofrecía a las clases peligrosas.

La segunda fue un efecto sociopsicológico. El valor de la inclusión aumentó con la realidad del gran grupo que había sido excluido. Las mujeres blancas simplemente se sumaron al mundo no blanco como grupos excluidos, y sin duda esto propició qué el sufragio masculino y el empleo remunerado de los hombres en los estados poderosos parecieran por demás satisfactorios, o que al menos dieran la impresión de que las clases trabajadoras masculinas estaban siendo menos humilladas (y por ende menos revolucio- narias).

Por último, no olvidemos que una de las características clave de los estados liberales construidos en el siglo XIX era que un corolario de la ciudadanía era el servicio militar (permanente en algunos países; en otros sólo en tiempo de guerra). El atractivo limitado de tal servicio se incrementaba claramente al proponerlo como un atributo crucial de los ciudadanos del sexo masculino: machismo patriótico. Es de dudar que los ejércitos de masas movilizados en todas partes durante la primera y la segunda guerras mundiales hubieran sido reclutados tan fácilmente sin este elemento ideológico.

La ideología liberal propuso la protección de los derechos humanos supuestamente fundamentales, pero en la práctica siempre se le brindaba a una minoría de la población mundial. En los regímenes antiguos un grupo muy pequeño integraba los estratos privilegiados. Los estados liberales sostenían que, siguiendo los ideales de la Revolución francesa, se abolirían los privilegios. Lo que realmente querían decir era que los privilegios (o al menos algunos de ellos) se harían extensivos a un gran grupo de personas denominadas ciudadanos, pero que este grupo ya representaba una minoría. La combinación de nacionalismo, racismo y

sexismo definía las fronteras de quién era incluido y quién excluido.

La Revolución rusa marcó otro momento crucial en esta historia. Pero este momento crucial no era el que sus seguidores u opositores decían que era. El bolchevismo era originalmente la denuncia de los movimientos socialistas por haberse convertido en avatares de la ideología liberal. La solución que proponían residía en la confirmación de la fe socialista por medio de la creación de un partido comprometido con una verdadera revolución antisistémica. La Revolución rusa, como sabemos, no fue el resultado de una insurrección planeada por los bolcheviques, sino más bien del hecho de que los bolcheviques estaban mejor organizados para aprovechar la completa desorganización del orden político en Rusia, que obedecía a una combinación de graves derrotas militares y del hambre generalizada entre la población. Sabemos también que los bolcheviques, inmediatamente después de llegar al poder, estaban esperando una revolución en Alemania, según les hacía creer su posición teórica, y la cual consideraban necesaria para poder continuar con su revolución nacional.

La revolución alemana nunca tuvo lugar y los bolcheviques tuvieron que ajustarse; a esa realidad El resultado fue el socialismo en un país: el stalinismo, *los gulags,* después Jrushov y Gorbachov, y más adelante el final de la URSS y del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1991. En este sentido, la Revolución rusa, como la francesa, parece, haber sido un fracaso, ya que cuando comparemos a Rusia veinte años antes de la Revolución- y veinte años después de ella no es seguro que podamos sostener que cambió más que otros países comparables que no tuvieron la experiencia de la revolución. Con todo, propongo que la Revolución rusa tuvo un efecto profundo en la geocultura, pero en una forma bastante diferente a la que defendía, la teoría bolchevique.

El mensaje de la Revolución rusa tuvo efectos diferentes en el mundo de las naciones poderosas lo que podríamos llamar el mundo paneuropeo y en el mundo extraeuropeo. Visto en retrospectiva parece no haber duda de que la amenaza de una clase trabajadora más militante en las naciones poderosas, amenaza que parecía simbolizada por el movi-miento comunista mundial, despertó una intensa respuesta de las clases dominantes de estos países. Logró elevar considerablemente la oferta inicial que debería contener el paquete liberal para aplacar a las clases trabajadoras en los países paneuropeos. En particular condujo a ampliar de manera importante el componente del Estado benefactor, en especial en el periodo posterior a 1945, cuando la fuerza militar y política soviética parecía cobrar mucha importancia. Es muy poco probable que un mundo sin la Revo- lución rusa hubiera visto la clase de keynesianismo paneuropeo que hemos experimen-tado.

Pero sin tomar en cuenta cuan importante pueda ser este resultado —y creo que lo es mucho— palidece ante el impacto de la Revolución rusa en el mundo extraeuropeo. Este no formaba parte de la visión bolchevique original, y cuando Sultán Galiev trató de integrarlo fue exterminado. Aún así, al iniciarse el Congreso de Bakú de 1920 los bolcheviques empezaron a reflexionar en torno a esta inesperada popularidad de la Revolución rusa en el mundo extraeuropeo y trataron, aunque sin éxito, de canalizar la energía política que generaba.

Lo que realmente sucedió fue que el esfuerzo bolchevique llegó demasiado tarde para el mundo europeo. Las peligrosas clases paneuropeas habían estado mucho tiempo bajo el control del compromiso liberal, y la amenaza bolchevique, al mejorar el poder de negociación de las clases trabajadoras paneuropeas, sólo vino a fortalecer ese proceso. Mientras tanto el germen del nacionalismo se había extendido más allá de las fronteras de las "naciones históricas*' paneuropeas. En los albores del siglo XX no sólo teníamos movimientos y levantamientos nacionalistas en las tres estructuras imperiales que quedaban —Austria-Hungría, Rusia y el Imperio Otomano — sino que se observaban los inicios de movimientos nacionalistas serios en Asia (por ejemplo China, India, Filipinas), el Medio Oriente (Afganistán, Persia, Egipto), África: (negros sudafricanos) y Latinoamérica (por ejemplo. México).

La lección de la Revolución rusa para todos estos movimientos era que; un país extraeuropeo (como todos ellos definían a Rusia) podía liberarse del control europeo y lograr la industrialización y el poderío militar (especialmente evidente después de la segunda guerra mundial); Mientras la: Revolución francesa infundió esperanza expectativas e incrementó las aspiraciones en las clases peligrosas del mundo

paneuropeo; la Revolución Rusa infundio esperanza, expectativas e incrementó las aspiraciones dé las clases peligrosas del mundo extraeuropeo

Esta dinámica del siglo XX tuvo él mismo, impacto ambiguo que el movimiento análogo del siglo XIX. El inicio de los que se denominaron movimientos de liberación nacional en Asia, África y Latinoamérica significó que la ideología liberal tenía que globalizarse, y que sus concesiones debían tener contenido global. El liberalismo global asumió la forma de la autodeterminación de las naciones (descolonización) y el proyecto del desarrollo económico de las naciones en vías de desarrollo (la versión de un Estado benefactor global). En cierta forma este programa tenía tanta importancia y éxito como el programa paneuropeo del siglo XIX. Así como el sufragio universal se convirtió en la regla, lo mismo sucedió con la descolonización formal en todas partes. Y así como las clases trabajadoras paneuropeas parecían renunciar definitivamente a toda idea de insurrección, así también los estados extra-europeos parecían renunciar a toda idea de guerra civil global. En pocas palabras, parecía haberse logrado el objetivo liberal de arreglar de alguna manera el orden político por medio de concesiones limitadas sin sacrificar la prioridad básica de la acumulación incesante de capital.

Eso parecía hasta la revolución mundial de 1968, que desempeñó un papel comparable con el de 1848 en términos de su impacto en la geocultura. La revolución mundial de 1968 representó una combinación dramática de apoteosis y mutación del espíritu de la Revolución rusa, tal como 1848 había representado la apoteosis y la mutación del espíritu de la Revolución francesa. Pero era una mutación en dirección contraria. Mientras que la revolución mundial de 1848 llevó a la instalación del liberalismo como el apuntalamiento de la geocultura del sistema mundial, la revolución de 1968 condujo al derrocamiento del liberalismo precisamente a partir de ese papel.

Por un lado, los participantes en los levantamientos de 1968 criticaron a los leninistas por haberse convertido en los avatares del liberalismo tanto como lo hicieran los leninistas con los social-demócratas. Por otra parte, eligieron como blanco precisamente el papel dominante del liberalismo en la geocultura, y trataron por todos los medios de quitarle esa posición. La revolución de 1968, al igual que la de 1848, debería analizarse en dos lapsos: los hechos y las consecuencias inmediatas, y los efectos a largo plazo. Vista como un conjunto de acontecimientos ocurridos durante un periodo de unos años, podríamos decir aquí también que fue como un ave Fénix. Se encendió muy rápido (y desde luego más globalmente que en 1848), y se extinguió casi con la misma rapidez. Pero a la larga sus efectos hicieron cimbrar el sistema.

El derrocamiento del liberalismo como el evidente metalenguaje del sistema mundial condujo a alejar tanto a los conservadores como a los radicales de la ideología liberal. El mundo regresó a una división ideológica realmente trimodal. La derecha política revivida, que a veces se etiquetaba como neo-conservadora y otras (en forma confusa) como neoliberal, representó un conservadurismo social muy tradicional que defendía el papel socio-moral central de la Iglesia, los personajes locales y la comunidad, así como hogares patriarcales, más una actitud de oposición extrema al Estado benefactor (cosas que habían resultado bastante afines para los conservadores del periodo anterior al movimiento de 1848), y que se combinaron con una retórica ingenua de *laissez faire* que podría haber sorprendido a sus predecesores. El papel del centro liberal ha sido desempeñado en gran medida por los partidos que siguen llamándose socialdemócratas, que en su mayoría han renunciado a todo vestigio de oposición histórica al capitalismo como sistema y han abrazado abiertamente la tradición del bentamismo-millsianismo de la reforma administrada por expertos, además de una economía levemente "social".

¿*Y* los radicales? Las tres décadas siguientes a. la revolución mundial de 1968 fueron años de creciente desorden. Aunque las diversas sectas maoístas de principios de los setenta subrayaron que 1968 era la apoteosis de 1917 más que una mutación, pronto desaparecieron. Los llamados movimientos neo-izquierdistas estaban más interesados en la mutación. Sin embargo, en su calidad de movimientos pronto se vieron enfrascados en fuertes luchas internas, divididos entre quienes buscaban una nueva transformación apocalíptica y quienes estaban interesados primordialmente en revisar los programas reformistas de la política de Estado. Tarde o temprano los últimos tendieron a prevalecer.

No obstante, concentrarnos en la política interna de los "nuevos" movimientos posteriores a 1968 equivale a dejar de ver lo general por ver lo particular. Lo más importante que estaba sucediendo en las tres décadas posteriores a 1968 era que los movimientos antisistémicos tradicionales (la llamada Vieja Izquierda) perdió el apoyo popular en todas partes del mundo donde estaba en el poder, que en realidad, en la década de 1970, era en muchos lugares. En gran parte de Asia y África los estados estaban regidos por movimientos de liberación nacional. En la mayor parte de Latinoamérica lo estaban por gobiernos populistas. En el llamado bloque socialista estaban encabezados por partidos marxistas-leninistas. Y en Europa Occidental. America del Norte y Australasia estaban regidos por partidos de tradición socialdemócrata (considerando a los demócratas de la Nueva Plata en Estados Unidos como una variante de esta tradición).

El elemento esencial que provocó el retiro del apoyo popular a estos partidos fue la desilusión, el sentimiento de que ya habían tenido su oportunidad histórica, que habían conseguido el apoyo con base en una estrategia de dos etapas para transformar el mundo (lograr el poder del Estado, después transformar), y que no habían cumplido con su promesa histórica. En amplios ámbitos del mundo imperaba el sentimiento de que la brecha entre los ricos y los pobres, los privilegiados y los desposeídos, lejos de haberse reducido, había crecido. Y esto después de uno o dos siglos de lucha continua. Fue algo más que una decepción temporal ante el desempeño de un equipo gubernamental específico: era la pérdida de la fe, de la esperanza. Culminó en el desmantelamiento espectacular (y prácticamente incruento) del comunismo en Europa Oriental y Central y en la antigua Unión Soviética.

La pérdida de esperanza reflejaba una profunda duda de que la polarización del sistema mundial existente fuera auto-corregible o pudiera ser contrarrestada de manera efectiva por la acción reformista del Estado. Por lo tanto, era una pérdida de la convicción en la capacidad de las estructuras del Estado de lograr el objetivo primordial de mejorar la mancomunidad. Resultó en un antiestatismo generalizado y amorfo, de un tipo totalmente desconocido en el largo periodo transcurrido entre 1789 y 1968. Trajo debilitamiento y generó miedo e incertidumbre.

El antiestatismo popular era ambivalente. Por un lado, implicaba una deslegitimación general de las estructuras del Estado y un giro hacia las instituciones extra-estatales de la solidaridad moral y la auto-protección pragmática. El movimiento conservador revivido trató de usar este sentimiento para desmantelar la protección del Estado y se encontró con una gran resistencia por parte de los estratos populares que trataban de aferrarse a los beneficios adquiridos y se oponían a las medidas que disminuirían aún más sus ingresos reales. Siempre que se han aplicado programas neoliberales se han suscitado reacciones electorales, a veces muy dramáticas, en todas partes del mundo. Pero tales reacciones electorales han sido medidas de defensa provisionales y no momentos triunfales de una transformación social renovada. No ha habido entusiasmo. La ausencia de esperanza y de fe sigue siendo penetrante y corrosiva.

Lejos de representar el triunfo del liberalismo, y mucho menos del conservadurismo renovado, este antiestatismo generalizado, al deslegitimar las estructuras del Estado ha vulnerado un pilar esencial del moderno sistema mundial, el sistema de los estados, un pilar sin el cual no es posible la acumulación incesante de capital La celebración ideológica de la llamada globalización es en realidad el canto del cisne de nuestro sistema histórico. Hemos entrado en la crisis de este sistema. La pérdida de esperanza y el miedo que la acompaña son parte de la causa y el síntoma principal de esta crisis.

La era del desarrollo nacional como meta plausible ha terminado. La expectativa de que pudiéramos alcanzar los objetivos de las revoluciones francesa o rusa cambiando a quien tiene el control de las estructuras del Estado se enfrenta ahora con el escepticismo generalizado que la historia ha demostrado se merecía. Pero el hecho de que la mayor parte de las personas hayan dejado de sentirse-optimistas con respecto al futuro y, por lo tanto, sean pacientes con el presente, no significa que estas mismas personas hayan abandonado sus aspiraciones de lograr una buena sociedad, un mundo mejor del que conocen. El deseo es más fuerte que nunca, lo que hace que sea más desesperante la pérdida de la esperanza y la fe. Esto

garantiza que estamos entrando en una transición histórica. Garantiza también que adoptará la forma de una etapa de problemas, un periodo negro que durará tanto como dure la transición.

2. ¿LA DIFÍCIL TRANSICIÓN, O EL INFIERNO EN LA TIERRA?

Estamos viviendo el tránsito nuestro sistema mundial vigente, la economía-mundo capitalista, a otro u otros sistemas mundiales. No sabemos si esto será para bien o para mal. No lo sabremos hasta el final de esta etapa, que quizás esté a cincuenta años de distancia. Sabemos con certeza que el periodo de transición será muy difícil para todos los que lo vivan. Será difícil para los poderosos y para la gente común. Será una etapa de conflictos y disturbios graves, y para muchos representará el colapso de los sistemas morales. No paradójicamente, también será un periodo en el que el "libre albedrío" alcanzará su punto máximo, lo que significará que la acción individual y colectiva pueden tener un impacto mayor en la estructuración futura del mundo que en tiempos más "normales", es decir, durante la vida cotidiana de un sistema histórico. Me referiré constantemente a las dificultades que enfrentan los poderosos, y a las que enfrenta la gente común.

Empecemos con lo que hasta ahora parece ser el elemento más fuerte, pero ciertamente es el eslabón más débil del moderno sistema mundial: la viabilidad continua del modo de producción capitalista. El capitalismo es un sistema que permite y valida la incesante acumulación de capital. Ha tenido un éxito maravilloso en los últimos cuatrocientos o quinientos años. Desde luego, para poder mantener semejante sistema los capitalistas (o al menos algunos capitalistas) tienen que obtener utilidades cuantiosas de sus inversiones. Y eso es menos fácil de lo que pensamos. Por una parte, la competencia es adversa a la obtención de utilidades, ya que los competidores reducen los precios y por lo tanto, los márgenes de ganancia.

La fabricación de cualquier producto cuesta *x* y se vende en y y - *x* es la utilidad. A mayor y y menor *x.* mayor la utilidad. ¿Hasta qué grado puede una empresa capitalista controlar *x* o y? La respuesta es: hasta cierto punto, pero no totalmente. Este control parcial crea los dilemas básicos de los capitalistas, tanto en el ámbito individual como en el colectivo. Otra forma de decir lo mismo es afirmar que la "mano" que determina la oferta y la demanda, el costo y el precio, no es ni invisible ni completamente visible, sino que se ubica en un mundo de sombras, en lo que Fernand Braudel denomina las "zonas opacas" del capitalismo.

El precio es lo que se afecta primero, según afirma la teoría capitalista, con la fuerza de la competencia. Cuanto más monopolizado está el mercado real al que tienen acceso los productores, más alto puede fijar el precio el vendedor dentro de los límites que permite la elasticidad de la demanda. Obviamente, entonces, cualquier capitalista prefiere incrementar su participación en el mercado, no sólo porque aumenta la utilidad total (a la tasa de utilidad actual), sino también porque incrementa la tasa de utilidad futura. E igualmente obvio es que el grado al que cualquier capitalista puede monopolizar un mercado dado depende en gran medida de la acción del Estado, que puede legitimar el monopolio con tan sólo requerirlo (y de esa manera protegerlo), antes que nada mediante patentes. Las acciones del Estado pueden ser directas (y por lo tanto se las puede definir como políticas), así como de largo plazo e indirectas. Un ejemplo de las últimas serían los esfuerzos por imponer el uso de un lenguaje específico o de una moneda determinada en el mercado mundial. Tales acciones son designadas por el analista de efectos culturales, o la mano invisible del mercado mundial, pero con un poco de esfuerzo se pueden identificar los apoyos del Estado que las sostienen.

En pocas palabras, los precios responden en gran medida a cuestiones políticas dentro de ciertos límites que se derivan del hecho de que ningún Estado puede controlar por completo el mercado mundial, lo que significa que existe un rango económico construido socialmente (aunque bastante amplio) dentro del que deben caer los precios. Por lo tanto, los estados son importantes para los capitalistas que se proponen incrementar, y sus precios de venta. Pero no se trata de cualquier Estado,

sino de preferencia los fuertes, con los que tienen alguna relación. Los capitalistas japoneses dependen principal, pero no exclusivamente, del Estado japonés. Quizá también dependan (por lo general en menor grado) del Estado indonesio y del Estado estadounidense, por ejemplo. El punto es doble. Todos los capitalistas necesitan un Estado o estados. Y sus competidores pueden depender de un grupo de estados diferentes. La geopolítica es un elemento de importancia para determinar en qué grado los productores pueden o no incrementar sus precios de venta de manera significativa.

Tradicionalmente los teóricos capitalistas, siguiendo a Adam Smith, han condenado la "interferencia" de los estados en los mercados, y han manifestado que esta interferencia ha afectado en forma negativa las tasas de utilidad. En virtud de que en su práctica los empresarios capitalistas casi no han prestado atención a esta teoría (salvo cuando arguyen que podría afectar en forma negativa a los competidores directos), creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que la aseveración de que el *laissez-faire* ilimitado es un pilar del capitalismo es sólo un engaño.

Sin embargo, los precios de venta son una función de *dos* cosas: no sólo del grado posible de monopolización de un mercado, sino también de la demanda efectiva en el mismo. Y esto crea un dilema más para los capitalistas: la tensión entre los salarios que pagan, que incrementan el consumo mundial, y los salarios que no pagan, que aumentan sus ahorros/inversiones. A mayor consumo, mayor la demanda efectiva real; a mayores ahorros/inversiones, mayor la acumulación de capital. Es en parte una diferencia en el lapso del objetivo, y en parte son los intereses de un grupo de capitalistas contra otro en un momento dado. Sin duda éste es un problema crónico, pero se ha vuelto mucho más agudo en la actualidad por la forma en qué incide en los costos de producción. La demanda efectiva es una función del gasto total sobre salarios y sueldos, ya que al final de toda cadena de artículos básicos debe haber consumidores. De ahí que sea paradójicamente cierto que cuanto más grandes sean los costos salariales, mayores serán las utilidades *potenciales* y cuanto menos grandes sean los costos salariales, mayores serán las utilidades *inmediatas.* El primer enunciado se aplica a la economía-mundo en su conjunto, el segundo en cuanto a las empresas individuales.

Veamos ahora la *x,* los costos de producción. Podemos dividir los costos en tres categorías principales: salarios, impuestos y adquisición de maquinaria e insumos. Los costos de la maquinaria y los insumos llevan a los productores a buscar tecnologías que los reduzcan, pero también contrapone a los productores capitalistas entre sí. Cuanto menor sea la *y* de los otros, menor será la *x* de los productores. Esto explica en parte la actividad política de cualquier grupo de productores, que tienden a actuar en contra de las medidas del Estado que resultan en el incremento de los precios de venta de otros grupos de productores. Sin embargo, la reducción del costo de los insumos puede no conducir a mayores utilidades, ya que puede reducir los precios de venta gracias a la competencia en el mercado, y dejar un margen de utilidad constante o casi constante.

Los productores capitalistas invierten mucha energía tratando de reducir los costos de salarios e impuestos. Una vez más, debemos verlo como un dilema. Si los costos por salarios fueran casi nulos, sin duda el margen de utilidad inmediato aumentaría, pero el impacto a mediano plazo en la demanda efectiva sería desastroso. Lo mismo sucede con el pago de impuestos. Los impuestos son el pago de los servicios que los productores necesitan, incluidos los esfuerzos de los estados por asegurar la monopolización parcial de los mercados a determinados grupos de productores. De manera que una tasa impositiva demasiado baja tendría los mismos resultados negativos. Por otra parte, los aumentos en los costos de salarios e impuestos inciden en el margen de utilidad. Están entre la espada y la pared, y cada productor debe navegar lo mejor que pueda. Sin duda ésta es la prueba de fuego entre los capitalistas, un juego en el que gana el más astuto y/o el más influyente desde el punto de vista político.

Lo que nos interesa a nosotros no son los mecanismos con los que se las arreglan los capitalistas para tener más éxito que los demás en este difícil juego, sino las tendencias históricas en general. En los últimos diez o veinte años hemos visto una embestida ideológica masiva orientada a reducir en todas partes los costos de salarios e impuestos, y en virtud del éxito aparente de esta embestida nos olvidamos

de que la realidad es que las reducciones recientes en salarios e impuestos han sido a corto plazo y menores, en medio de su aumento histórico global a largo plazo por razones estructurales.

La parte de la plusvalía que se transfiere a los empleados en forma de sueldos y salarios superiores a los costos de reproducción definidos socialmente es el resultado de la lucha de clases que se libra en el lugar de trabajo y en el ámbito político. Veamos en forma esquemática cómo funciona esto. Un grupo local de trabajadores se organiza, ya sea en el lugar de trabajo o en el ámbito político, o más probablemente en ambos, y provoca que el costo de que los productores rechacen incrementos salariales sea mayor que el costo de aceptarlos, al menos en el corto plazo. Desde luego, un incremento en los costos salariales también es un incremento en la demanda efectiva y, por ende, es un aumento para algunos grupos de productores, pero no necesariamente para el que está ofreciendo mayores sueldos. Cuando tales aumentos empiezan a parecer onerosos para un grupo de productores y éstos no pueden combatirlos políticamente en el ámbito local, quizá busquen una solución en la reubicación de parte de su producción, o la totalidad de la misma, en áreas donde los sueldos históricos son menores, lo que significa que por las razones que sean, los trabajadores son más débiles desde el punto de vista político.

El costo de la mano de obra en el área donde se está reubicando la producción debe ser significativamente menor, ya que el productor está pagando no sólo los costos de transferencia de la planta (costo único), sino también, y con toda seguridad, costos de operación más elevados (costo continuo). Es por ello que, las reubicaciones, que ocurren especialmente en tiempos de contracción económica cíclica, tienden a producirse en las áreas más próximas donde los trabajadores son políticamente débiles, y a la larga alcanzan aquéllas donde los trabajadores son los más débiles de todos. En términos históricos, los grupos de trabajadores más débiles son aquellos que llegan por primera vez a las zonas de producción urbana (o al menos a zonas más monetizadas), procedentes de áreas rurales y menos monetizadas. Las causas de la debilidad política inicial son culturales y económicas. Del lado cultural, existe cierta desorientación y desorganización debido a la migración física de la fuerza de trabajo, más un cierto grado de inexperiencia ante las políticas locales existentes, o al menos falta de influencia política local. Del lado económico, los sueldos en la zona de producción urbana, que son extremadamente bajos con respecto a los estándares mundiales, con frecuencia representan en el ámbito local un ingreso mayor que el que existía en el área rural, o al menos que el que podía esperarse desde él punto de vista político.

Ninguna de estas condiciones de debilidad política (de índole cultural y económica) es inherentemente perdurable. Se podría plantear que cualquier grupo de trabajadores en tal situación ha sido capaz de superar estos puntos débiles en un periodo de treinta a cincuenta años, y en la actualidad es posible hacerlo en mucho menos tiempo. Esto significa que, desde el punto de vista de los productores reubicados, la ventaja del traslado es más bien temporal, y que si han de conservarla deben contemplar la posibilidad de reubicarse a mediano plazo en repetidas ocasiones. Ésta ha sido una de las principales historias del sistema-mundo capitalista en quinientos años. Pero la curva que señala el porcentaje del globo donde existen posibles zonas de reubicación está alcanzando una asíntota, como ocurre con muchas de las curvas que se trazan para representar las tendencias en un sistema. A esto se llama la desruralización del mundo, que avanza a un paso vertiginoso. Y a medida que disminuye el número de esas zonas, el poder de negociación *mundial* de los trabajadores aumenta. Esto se ha traducido en una tendencia global de incremento en los costos salariales. Si los precios de los productos se pudieran expandir al infinito, esto sería motivo de poca preocupación. Pero no pueden expandirse por los límites impuestos por la competencia y la capacidad de los estados para asegurar la monopolización.

El costo de la mano de obra se analiza con frecuencia en función de algo que se denomina eficiencia de la producción. ¿Pero qué es la eficiencia? En parte es una mejor tecnología, pero de igual manera es la voluntad del trabajador de realizar bien su trabajo a una velocidad razonable. ¿Pero con cuánta rapidez? El taylorismo fue la doctrina que consistía en que la velocidad debe ser tan grande como sea posible desde el punto de vista fisiológico. Pero esto parte de la base de que esta alta velocidad no dañe al organismo. Estamos obteniendo velocidad a corto plazo con agotamiento a largo plazo de la capacidad del organismo para sobrevivir. La

velocidad máxima en una hora quizá no lo sea en una semana o un mes. Sin embargo, en este momento aparece en escena un conflicto de valores; por ejemplo, el valor que tienen para el trabajador los placeres psíquicos del "tiempo libre" frente a las necesidades del patrón. Éste podrá invocar los placeres psíquicos de la "satisfacción del trabajo" como acicate para el trabajador, pero eso supone que el patrón está dispuesto a estructurar la situación laboral de manera que exista alguna "satisfacción" en el cumplimiento del trabajo. El asunto se convierte entonces en político, y se resuelve con el poder de negociación. De ahí que la definición de eficiencia nos remonte directamente a la fuerza política de la mano de obra.

En el tema de los impuestos puede apreciarse el mismo problema de una asíntota que limita una tendencia. La causa básica de la tendencia histórica para incrementar la carga impositiva ha sido la confluencia de dos presiones: las demandas que imponen a los estados los productores capitalistas para recibir más y más servicios y redistribuciones financieras, por un lado, y las demandas del resto de la población, que podemos ubicar bajo el rubro de "democratización". Esto se traduce, entre otras cosas, en la exigencia de más y más servicios y redistribuciones financieras. En pocas palabras, todos quieren que los estados gasten más, no sólo los trabajadores, sino también los capitalistas, y si los estados han de gastar más deben incrementar la carga impositiva. Esto da como resultado una contradicción obvia: en su calidad de consumidores del gasto público, los contribuyentes demandan más; en su calidad de proveedores del ingreso público quieren pagar menos, y este sentimiento crece a medida que aumenta el porcentaje de impuestos que deben pagar por sus ingresos. La presión que tienen los estados de gastar más, pero al mismo tiempo cobrar menos impuestos, es lo que denominamos la "crisis fiscal de los estados".

Hay una tercera curva que está llegando a una asíntota. Se trata ele la curva de agotamiento de las condiciones de supervivencia. La demanda de atención que reclama el daño ecológico a la biosfera ha cobrado mucha fuerza en las últimas décadas. Esto no se debe a que el moderno sistema mundial se haya vuelto inherentemente más destructivo para el ecosistema, sino a que hay mucho más "'desarrollo" y por lo tanto mucha más destrucción, y a que por primera vez esta destrucción ha alcanzado dos asíntotas: el punto —en algunos casos irreparable— de peligro; y el punto de total agotamiento, de bienes no económicos sino sociales. Deberíamos analizar un poco más la última asíntota. Si se talaran todos los árboles del mundo sería posible inventar sustitutos artificiales para los usos de los productos de madera como insumes de otros productos, pero su valor como elemento estético en nuestro entorno, como bien social, habría desaparecido.

La razón principal por la que el capitalismo como sistema ha sido tan increíblemente destructivo para la biosfera es que, en gran medida, los productores que se benefician de la destrucción no la registran como un costo de producción sino, todo lo contrario, como una reducción de los costos. Por ejemplo, si un productor arroja desperdicios en un arroyo y lo contamina, está ahorrándose el costo que representan otras formas más caras pero más seguras para desechar los residuos. Los productores han venido haciéndolo por quinientos años, y cada vez en mayor número conforme ha ido desarrollándose la economía-mundo. A esto se lo llama, en términos económicos neoclásicos, la externa- lización de los costos. Con frecuencia se la defiende considerándola como la producción de bienes públicos, pero lo que se crean son males públicos. La externalización de los costos no es más que el paso de los costos del productor al Estado o a la "sociedad" en su conjunto. Por lo tanto, la tasa de utilidad del productor aumenta de manera significativa.

Ahora que este proceso se ha convertido en un asunto político central, se presiona a los estados para que estudien las formas de preservar el medio ambiente. La realidad económica esencial es que las medidas que se lleven a la práctica para enfrentar este problema deben incrementar los costos de los productores, ya sea directamente, obligándolos a internalizar los costos que antes se externalizaban, indirectamente, aumentando los impuestos para suministrar fondos con los que los estados puedan realizar trabajos de reparación, o ambas cosas. Sí los costos de tales reparaciones *y* de la prevención de mayores daños fueran menores, podríamos pensar que el esfuerzo realizado para tal efecto no es más que otro beneficio social impuesto a los productores capitalistas. Pero los costos no son menores son monumentales, y crecen día con día. Y están aumentando a la vez la compresión de las utilidades de los productores y la crisis fiscal de los estados, aunque es justo señalar que los problemas ecológicos apenas están empezando a abordarse como

tales. Si una crisis más urgente llamara la atención de la opinión pública mundial, como por ejemplo que se requirieran más fondos porque ha aumentado el tamaño del agujero en la capa de ozono, podríamos esperar un grave incremento de la compresión mundial de las utilidades y de la crisis fiscal de los estados.

Recapitulando, existe una tendencia mundial a largo plazo a incrementar el costo salarial de los productores como consecuencia del mejoramiento a largo plazo de la posición negociadora mundial de los trabajadores (principalmente como consecuencia de la desruralización del mundo).

Hay una tendencia mundial a incrementar el gasto público derivada de las demandas tanto de los productores capitalistas como de los trabajadores, que ha aumentado los costos fiscales de los productores. Hay una tendencia mundial a exigir cada vez más que se pague la reparación de la ecología global y a que se pongan en práctica las medidas preventivas adecuadas para el futuro, lo cual amenaza con incrementar tanto los costos fiscales como los demás costos de la actividad productiva a los productores. Lo que los capitalistas necesitan en estos momentos, evidentemente, son presiones para debilitar la posición negociadora de los trabajadores, una reducción de los costos fiscales sin mermar los servicios públicos (directos o indirectos) a los productores capitalistas, y límites severos a la internalización de los costos. Este es desde luego, el programa del neoliberalismo que ha resultado tener tanto éxito en la última década.

Sin embargo, padece de dos limitaciones inherentes. La posición de negociación cada vez mayor de los trabajadores es de largo plazo y estructural y debe conducir —ya lo está haciendo— a un grave rebote en contra del programa neoliberal en materia de actividad política de los estados. Pero en segundo lugar —y mucho más importante—, los productores capitalistas necesitan a los estados mucho más que los trabajadores, y su principal problema a largo plazo no será que las estructuras estatales sean demasiado fuertes, sino que, por primera vez en quinientos años, están en proceso de desaparecer. Sin estados fuertes no puede haber monopolios relativos, y los capitalistas tendrán que sufrir las negativas de un mercado competitivo. Sin estados fuertes no pueden darse las transferencias financieras con la intermediación del Estado ni la externalización de los costos sancionada por el Estado.

¿Pero por qué los estados están creciendo cada vez con menor fuerza? En la medida en que los analistas hablan al respecto, generalmente arguyen que se debe a que las organizaciones transnacionales son ahora tan globales que pueden burlar a los estados. La naturaleza transnacional de las empresas no es nada nuevo, sólo que se habla más al respecto. Por otra parte, este argumento da por sentado que las organizaciones transnacionales necesitan estados débiles, lo cual sencillamente es falso. No pueden sobrevivir sin estados con estructuras fuertes, y especialmente en las zonas centrales. Los estados fuertes son su garantía, su sangre y el elemento crucial en la generación de utilidades cuantiosas. Los estados están creciendo con menor fuerza, no debido a la apoteosis de la ideología del liberalismo y a la fuerza de las organizaciones transnacionales, sino al colapso creciente de la ideología del liberalismo y a la vulnerabilidad de las organizaciones, por las razones antes señaladas. La ideología del liberalismo ha sido la geocultura global desde mediados del siglo XIX. Apenas en los últimos veinte años perdió la capacidad de legitimar las estructuras estatales, y era esa capacidad lo que en realidad había contenido la presión de los trabajadores por más de un siglo. El liberalismo global prometía reformas, mejoras y la reducción de la polarización social y económica del sistema-mundo capitalista. Perdió su magia al tomarse conciencia en todo el mundo, en los últimos veinte años, de que no sólo no se había reducido la polarización, sino que la historia de los últimos 125 -de los últimos quinientos, de hecho- ha sido de polarización constante y creciente en el ámbito mundial. Y esta polarización continúa con su ritmo acelerado en la actualidad.[1]

Las consecuencias de la compresión global de las utilidades podrían quizá mitigarse con la intervención de estados fuertes, posponiendo así sus efectos. Pero ni siquiera este consuelo está al alcance de los productores capitalistas debido a que el

---

[1] El argumento sobre el papel histórico del liberalismo y la situación actual se explica en detalle en *Después del liberalismo.* México. Siglo XXI, 1996.

poder — y por lo tanto la voluntad— de los estados se está esfumando. Oímos en todas partes las voces del antiestatismo. He señalado que las voces neoliberales antiestatistas son en parte hipócritas, en parte contraproducentes. El antiestatismo conservador tiene por objetivo debilitar el poder negociador de la fuerza laboral del mundo. Pero las voces antiestatistas más significativas provienen de la fuerza laboral misma, y son el producto del desencanto ante el programa reformista de los estados liberales, ya sea en el modelo occidental modulado de la "economía social", en el ahora desacreditado modelo soviético, o en el modelo "desarrollista" del Tercer Mundo.

La vulnerabilidad creciente de las organizaciones transnacionales se deriva de la también creciente democratización del mundo y de la deslegitimación de los estados vinculados a ella. La fuerza laboral del mundo luchará, por supuesto, por retener los beneficios adquiridos que genera la redistribución del Estado. Pero ya no legitimará los estados, y ya no espera que las reformas conduzcan al fin de la polarización mundial. Es por ello que hemos entrado en una época problemática o en una era de transición para el actual sistema mundial.

Además del neoliberalismo existe un segundo programa que puede responder al recorte de las utilidades: la extensión del principio de la mafia. Las mafias no son del todo una invención del siglo XX. Siempre han sido un elemento intrínseco del moderno sistema mundial. Por mafia me refiero a lodos aquellos que tratan de obtener ganancias sustanciales evadiendo las restricciones legales y los impuestos o extorsionando costos de protección, y a todos aquellos que están dispuestos a usar la fuerza privada, el soborno y la corrupción de los procesos formales del Estado para garantizar la viabilidad de este modo de acumulación de capital. La distinción entre las mafias y lo que se dio en llamar en el siglo XIX los "barones ladrones" no es muy clara. Lo que *podemos* decir es que las mafias se cuentan entre los más importantes acumuladores en gran escala, y que los principales acumuladores, ya sean mañosos o técnicamente legales, siempre tratan de legitimar su riqueza por lo menos en la segunda generación.

Los estados fuertes son una restricción para las mafias, así como éstas existen para vulnerar la fuerza de los mecanismos del Estado. Con el tiempo se ha alcanzado un cierto grado de equilibrio: las mafias han permanecido más o menos marginales al proceso general de acumulación de capital, y auto-destructivas a través del proceso de la asimilación personal de los mañosos con éxito (o de sus herederos) en posiciones de riqueza y poder legítimos; autodestructivas pero, desde luego, renovándose siempre en algún otro rincón de la economía-mundo.

La situación es diferente ahora, y es por eso que la prensa mundial publica tanta información sobre las mafias. Los burócratas *y* los políticos de estados débiles (e incluso de los fuertes), que se están debilitando aún más y están perdiendo su legitimación popular (y por lo tanto cierto control popular), han tendido en muchos casos a fusionar sus intereses con los de las mafias externas al Estado. En algunos casos quizá no valga la pena tratar de distinguir entre los dos grupos. Esta confusión de papeles puede disolver momentáneamente el problema de cómo contrarrestar la compresión general de utilidades, pero deslegitima aún más a los estados.

Hasta ahora sólo he analizado los problemas de los poderosos. *¿Qué* sucede con la gente común? Debería haber señalado al principio que la "gente común" integra una categoría muy heterogénea. Forma continentes y culturas y representa numerosas capas de niveles de ingresos reales. De ninguna manera constituye un grupo. La característica que comparten —quizá la única— es que ninguna de esas personas es poderosa en lo individual. Es decir, no están en posición de ganar en las controversias con las personas poderosas, en asuntos pequeños o grandes, recurriendo a la influencia de la opinión pública, a alguna combinación de los favores que les deben con su capacidad de representar una amenaza real para otros, en el presente o en el futuro cercano, lo que podría llevar a los otros a tomar decisiones en su favor. Los poderosos tienen influencia. Eso es lo que los hace poderosos.

La gente común por lo general se apoya en la influencia colectiva a través de los mecanismos del Estado, en el acceso individual a los poderosos en calidad de clientes, o en la creación de estructuras de autodefensa colectivas externas al Estado. Al oponerse al Estado, por haber perdido la confianza en la posibilidad de que este actúe en favor de los intereses populares, la gente común ha provocado que

los estados pierdan la capacidad de responder a sus demandas. Se trata de un círculo vicioso en el que ya nos encontramos. Esto significa de manera inevitable que, en lugar de depender de cambiar las decisiones del Estado, la gente común tendrá que hacer más hincapié en el clientelismo individual, en la defensa personal extraestatal, o en una combinación de ambas. Permítanme señalar que esto equivale a revertir la tendencia secular del mundo moderno, que por casi quinientos años ha sido la historia de la reducción del papel del clientelismo y de la autodefensa extraestatal como formas para que la gente común protegiera sus intereses. Sin duda las ideologías del mundo moderno se han jactado precisamente de esa reducción, y con frecuencia han medido el desempeño de los estados por el grado en que han podido reducir el clientelismo y los mecanismos de autodefensa dentro de sus fronteras. Esa presunción suena hueca en la actualidad, toda vez que la tendencia se está revirtiendo.

Para la gente ordinaria el resultado más grande e inmediato de la reducción de la legitimidad del Estado es el miedo, el miedo a perder el sustento, su seguridad personal, su futuro y el de sus hijos. El miedo, como bien sabemos, no siempre es el mejor consejero. Podemos ver las expresiones de este miedo en dos realidades evidentes, de las que los medios nos mantienen informados: la criminalidad y los llamados conflictos étnicos. Veamos cada uno por separado.

Es un lugar común quejarse, casi en todas partes, del incremento en los índices de criminalidad, así como de la creciente brutalidad de la misma. Esta quizá sea en parte una observación empírica justa, pero es una percepción generalizada. Según nos dijeron hace mucho tiempo los escépticos, "si los hombres perciben una situación como real, sus consecuencias serán reales". Así que tan pronto como las personas perciben un incremento en el índice de la criminalidad actúan en consecuencia, lo que generalmente significa tres cosas: evitan lugares asolados por la delincuencia, con lo que al disminuir la densidad de uso se vuelven más vulnerables a la comisión de actos criminales: presionan a los estados para que incrementen las estructuras represivas v penales, lo que a la larga representa una mayor carga impositiva para el sistema, tanto en términos de legitimidad como de recursos fiscales, y quizá sea un factor a largo plazo en el aumento, más que en la disminución, del índice de criminalidad; empiezan a auto-procurarse protección policiaca; compran armas; organizan patrullas comunitarias; levantan bardas. Y todas estas acciones, aunque reducen algo el riesgo inmediato, transforman la calidad de vida de todos y disminuyen el sentido de una comunidad moral.

Todo esto ha venido sucediendo tanto en los países ricos como en los pobres. Quizá haya algunas excepciones, pero ésta ha sido la constante en las últimas tres décadas. Una vez más observemos cómo incide esto en el cambio de la tendencia. La creación del concepto mismo de fuerzas policíacas data de principios del siglo XIX. La idea era acabar con un ambiente de miedo que había conducido a la gente a convertirse en su propia policía. El concepto se difundió por todo el sistema del mundo y alcanzó su mayor eficiencia en los 25 años siguientes al final de la segunda guerra mundial. Ahora la tendencia va claramente en la dirección contraria.

La difusión del crimen, de pequeña y gran escala, está debilitando a los estados, menos por la actividad criminal misma que por la respuesta popular a esa actividad. Se expresa en una gran impaciencia popular ante la incapacidad manifiesta de los estados para hacerle frente. Por otra parte, en la medida en que la gente invierte en autodefensa externa al Estado, le ve menos sentido a pagar los impuestos que supuestamente son para que el Estado le garantice su seguridad. Otro círculo vicioso.

Pero todavía hay un problema más. Conforme aumentan el índice de criminalidad y de autodefensa, las fuerzas policíacas reaccionan de manera más enérgica y menos restringida. La línea entre la actividad criminal ilegal y la actividad policiaca ilegal se reduce en la realidad, pero aún más en la percepción del público. En la medida en que se reprime y castiga a "más personas, la acción de la policía empieza a afectar a un número cada vez mayor de familias. Lo que era una pequeña minoría ahora es una gran mayoría. Y los grupos que antes habían legitimado la acción policiaca ahora se muestran más escépticos o hasta abiertamente hostiles. Lo que era visto por muchos como el policía protector y amigable ahora es visto como el policía peligroso y con frecuencia arbitrario.

Un buen ejemplo es la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) en los Estados Unidos. Otrora idealizado como el heroico perseguidor de los delincuentes, y visto después por la mayoría de los ciudadanos estadounidenses como el defensor contra la supuesta amenaza del comunismo, el FBI se ha convertido en los últimos años en una estructura envilecida por su ilegalidad e incompetencia, y es más probable que este envilecimiento venga de la derecha política que de la izquierda. No se trata realmente de que el FBI esté actuando en forma diferente, sino que se lo percibe en forma distinta.

El tan discutido problema de la drogadicción es real si por real entendemos que un gran número de personas en todo el mundo consumen diferentes drogas ilícitas y, por supuesto, alguien tiene que estarlas produciendo y comercializando. No se trata de que la culpa (o la explicación) radique en los consumidores o en los vendedores. El consumo es obviamente un signo adicional de desintegración social, o de rebelión, o de deslegitimación del sistema histórico existente. Y la industria es, en consecuencia, una de las más rentables en la actualidad y necesariamente la dirigen las mafias, que propician la corrupción de funcionarios públicos en forma masiva. La realidad es que después de unos treinta años de aparente preocupación por parte de los gobiernos de todo el mundo, el nivel de rentabilidad y el nivel de consumo son probablemente más elevados que nunca.

Pero la criminalidad y hasta el narcotráfico palidecen frente al llamado conflicto étnico, que ha sido redescubierto como una realidad central del mundo moderno. Dije redescubierto porque el discurso general hace una década era que el conflicto étnico era un arcaísmo, vestigio de épocas premodernas y, por lo tanto, un fenómeno agonizante. En la actualidad es muy evidente que lejos de ser un vestigio, es un fenómeno creado por el moderno sistema mundial, y que sea lo que sea es probable que se incremente radicalmente en las décadas venideras.

Cuando existe una lucha homicida entre dos o más grupos que se autodefinen, y son definidos por otros, en términos muy particulares (religión, lenguaje, supuesta descendencia común o algo parecido) —como ha ocurrido de manera espectacular y reciente en Líbano. Bosnia. Afganistán, Somalia, Ruanda y, por supuesto, Ulster (por mencionar sólo algunos lugares que son objeto de una amplia cobertura por parte de los medios)—, el análisis acostumbrado es que se trata de enfrentamientos primordiales. Pero desde luego esto no explica nada. En primer lugar, las luchas ancestrales con frecuencia son inventos de la imaginación contemporánea. E incluso cuando no lo son, lo que hay que explicar no es tanto la hostilidad actual como los largos periodos en los que no se manifestaron conflictos. No hace mucho tanto Somalia como la antigua República Federal de Yugoslavia fueron aclamadas como modelos de la ausencia de luchas interétnicas. Y desde luego existen otras zonas con poblaciones mixtas donde por el momento no hay indicios de luchas étnicas.

Debemos empezar haciendo notar que la identidad "étnica" no es algo en sí misma o para toda la eternidad. Es una identidad afirmada dentro del marco de la estructura del Estado, una estructura moderna. Es una identidad que se forja constantemente, tanto a ojos del grupo que la reclama como a través del reconocimiento de otros de que esa identidad existe. Los nombres mismos tienen vida histórica. Se dividen, se fusionan y con bastante frecuencia simplemente desaparecen. La historia de las identidades está muy vinculada al poder cambiante y a las estructuras de clase en evolución de los estados, así como a las líneas divisorias del moderno sistema mundial en su conjunto. Es por demás irrelevante tratar de reconstruir controversias pasadas para explicar las actuales. Esa reconstrucción es más un elemento en el proceso de la movilización y la mitificación étnicas que una forma de análisis erudito o político.

Las identidades étnicas, en su forma más aguda y combativa son antes que nada un modo de acción política, y se tornan agudas y combativas precisamente cuando la estructura del Estado existente queda deslegitimada como elemento capaz de garantizar un nivel mínimo de juego limpio, y cuando otras líneas —las líneas divisorias políticas e ideológicas, supuestamente más aceptables— han perdido relevancia desde el punto de vista político. El incremento de las luchas étnicas es un indicador importante de la deslegitimación del Estado. No importa que con mucha frecuencia surja el llamado a crear una nueva estructura del Estado, con fronteras étnicas puras o más puras, ya que incluso las nuevas autoridades, étnicamente puras, enfrentan serios problemas para hacer valer su legitimidad como líderes.

La clase de lucha étnica que hemos estado observando en las dos últimas décadas no se compara con la ola de nacionalismo que el sistema mundial conoció desde principios del siglo XIX hasta mediados del XX. Esos nacionalismos eran en su mayoría estatales, territoriales, y "étnicos" sólo en la medida en que necesitaban distinguirse de las embestidas imperialistas. Pero sobre todo eran seculares, optimistas y modernistas en su orientación. Apelaban a las tradiciones de las revoluciones francesas y rusa. Los seguidores actuales de la purificación étnica actúan precisamente en contra de esa tradición. No son optimistas, sino pesimistas. No esperan un glorioso amanecer, sino que se remontan a un glorioso ayer que nunca podrá recuperarse. Es por ello que los conflictos son tan cruentos y además casi imposibles de conjurar.

Este no es como se arguye en ocasiones, un fenómeno de las naciones pobres, con el subtexto de que se trata de un fenómeno de pueblos retrógrados, de pueblos primitivos. Es muy evidente que estamos siendo testigos de la aparición de esta clase de luchas desesperadas en las naciones más ricas, que pretenden ser más civilizadas. Vemos este fenómeno en los albores de las estructuras y la legislación mediadoras, en el surgimiento de un racismo abierto centrado en la invasión de bárbaros, llamados migrantes, que traen consigo la delincuencia y la degeneración. Ya habíamos visto esta enfermedad antes, pero el sistema-mundo reaccionó, aunque demasiado tarde, ante la gravedad de la enfermedad, y le practicó cirugía al fascismo. Pero esta cirugía se llevó a cabo como parte de una lucha entre Alemania y los Estados Unidos por la hegemonía del sistema-mundo, y con la ayuda necesaria de la URSS. ¿Quién podrá practicar ahora esa cirugía si las nuevas doctrinas de pureza racial que se están propagado en Norteamérica, Europa Occidental y Australasia se desplazan de los márgenes de la vida política al centro de la misma?

Existe otro elemento que debemos agregar a la escena. A medida que el mundo se adentre en el siglo XXI sin duda habrá un alza Kondratieff, una expansión renovada de la producción y el empleo en la economía-mundo y, por lo tanto, oportunidades renovadas para invertir y acumular capital. Esto debería iniciar una competencia intensa entre los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón para decidir cuál de los tres deberá ser el principal beneficiario del alza y servirá como principal sede de acumulación de capital. Esta clase de competencia no será nada nuevo, y la lucha será muy semejante a las luchas anteriores. Sin embargo, habrá una diferencia importante. La polarización mundial no sólo está en un nivel nunca antes alcanzado, sino que la fase Kondratieff A debería ampliar aún más la brecha. Dada la desesperanza que ya existe y la ausencia de los movimientos antisistémicos de antaño que han canalizado el descontento y los impulsos reformistas, este periodo será, como ya he mencionado, especialmente explosivo.

Esta erupción adoptará al menos tres formas diferentes, ninguna de las cuales es totalmente nueva, pero todas habrán cruzado un umbral de importancia en la vida del sistema, y comprometido las fuerzas centrífugas inherentes a la crisis estructural, al periodo de bifurcación. Un elemento es la deslegitimación de la ideología del progreso inevitable que fue uno de los pilares principales de la estabilidad mundial por lo menos durante dos siglos. Veremos movimientos muy fuertes —ya los estamos viendo—, en particular en las zonas no centrales (que incluyen no sólo al antiguo Tercer Mundo, sino al otrora bloque de países socialistas), proclamar su total rechazo a la premisa fundamental de la economía-mundo capitalista, la incesante acumulación de capital como principio dominante de la organización social.

Esto es en cierto sentido mucho más fuerte que el rechazo marxista hacia el capitalismo, que implicaba la idea de que el capitalismo era una etapa histórica necesaria en dirección al comunismo, que por lo tanto era históricamente progresista y que sus avances tecnológicos representaban su principal virtud. Los argumentos que ahora oímos rechazan todo progreso hacia el sistema existente y, por lo tanto, cualquier forma de adaptación intelectual al mismo. El gran número de movimientos que con tanta ligereza llamamos “fundamentalistas”, refleja esta actitud, que con frecuencia reviste el argumento con un lenguaje religioso.

Hay varias cosas que debemos hacer notar sobre este fenómeno. No está restringido al mundo islámico. Hay judíos, cristianos, hindúes, budistas y otras variedades de esta especie. Lo que comparten es el rechazo teórico a la modernidad occidental y al espíritu capitalista. El origen de su respaldo popular tan amplio reside

en la desilusión experimentada con los movimientos antisistémicos clásicos y las estructuras del Estado que ellos erigieron, debido a su incapacidad manifiesta de superar la polarización inherente al sistema mundial existente. Su énfasis común es el antagonismo al concepto mismo de un Estado secular, de tal modo que propagan un antiestatismo agravado. Esos movimientos no tienen ningún interés en ayudar a las estructuras del sistema-mundo a superar sus dificultades. Constituyen una fuerza que lleva a la desintegración. Para ser más precisos, estos movimientos probablemente ejercerían muy pocos cambios fundamentales. Pero en el contexto de los factores que están fuera de su alcance —la compresión global de las utilidades y el desencanto global hacia el liberalismo reformista— esos movimientos provocan grandes estragos a la estructura.

Una fuerza aún más desintegradora es la democratización de los arsenales mundiales. La historia armamentista, por varios miles de años, ha consistido en que los poderosos toman la delantera con sus caras innovaciones tan pronto como los débiles tienen acceso a la generación anterior de armamentos. Aunque esto no ha cambiado todavía, la capacidad para infligir daño sí se ha transformado. Unas cuantas armas atómicas anticuadas pueden hacer un daño increíble; la guerra bacteriológica no es muy difícil, técnicamente hablando. Desde mi punto de vista, la proliferación de armas nucleares es incontenible. Los Estados Unidos han trabajado arduamente para frenarla, con cierto éxito, pero es probable que haya una docena de países, además de los seis oficiales, que tienen o que podrían producir rápidamente armamento nuclear en la actualidad, y apostaría a que habrá veinte más en la próxima década. Por otra parte, algunas armas quizá ya estén (o estarán pronto) en manos de grupos ajenos al Estado. Lo mismo podría decirse de las armas bacteriológicas y químicas. Aum Shinryiko nos ha mostrado el daño que un grupo ajeno al Estado puede provocar con armas químicas. Sin duda los países fuertes son más fuertes que los débiles, pero los débiles o intermedios son lo suficien- temente fuertes ahora como para provocar daños reales a los fuertes.

Lo que podemos deducir de esto es realmente muy sencillo. Las naciones de fuerza intermedia localizadas en las zonas no centrales podrán desafiar militarmente a los estados poderosos, solas o en forma colectiva. Saddam Hussein nos mostró el camino. Y aunque perdió el primer *round,* fue necesaria una intensa movilización política de los Estados Unidos para contenerlo, algo que quizá no puedan volver a hacer y que no habrían podido manejar de haberse presentado más o menos simultáneamente varias situaciones parecidas. Creo que seremos testigos de otros desafíos como ése en los próximos veinticinco o cincuenta años.

Finalmente, el último reto sin duda estará en el acto menos violento y menos susceptible de ser contenido: el de la migración individual de los países más pobres a los más ricos. Ha tenido lugar desde hace quinientos años, y con el progreso del transporte se ha dado aun ritmo mucho mayor en los últimos cincuenta. La realidad estructural es que el mundo está polarizado, no sólo económica y social-mente, sino también desde el punto de vista demográfico. Las zonas centrales necesitan cierto grado de inmigración, pero no quieren admitir a todos los que desean migrar, en especial durante las contracciones Kondratieff. De tal modo que construyen barreras, cada vez más despreciables. Pero las barreras son por demás ineficaces y reducen el flujo en un porcentaje muy bajo.

De ahí que el mundo blanco paneuropeo se esté volviendo, *defacto,* cada vez menos blanco. No todos los migrantes son no blancos, pero todos están así definidos socialmente. Si bien es probable que el bloque de países paneuropeos no puede; detener el flujo real de migrantes y su multiplicación demográfica subsecuente dentro del mundo paneuropeo, puede organizar la estructura política para que estos migrantes no tengan los mismos derechos políticos y sociales que líos "ciudadanos", y ciertamente también para que tengan acceso a los empleos peor remunerados. De hecho, cada vez en más países se está aprobando la legislación para tal efecto.

Esta clase de manipulación podría no afectar la estabilidad política interna si los grupos definidos como migrantes (con frecuencia definidos en formas que incluyen la segunda, tercera e incluso cuarta generación de descendientes de migrantes verdaderos) fueran relativamente pequeños. Pero cuando ese grupo alcanza un porcentaje significativo, tenemos una receta para la guerra civil. Por otra parte, los migrantes (o los que socialmente se definen como tales), a los que con frecuencia se reconoce físicamente y que muy probablemente adquirirán un fuerte sentimiento de

identidad étnica, se confrontarán con nacionalistas racistas y derechistas que buscan la purificación étnica. Puesto que también es de esperar una cuasi segregación por vecindarios y áreas, no será difícil hacer que se organicen los dos elementos en conflicto. Y en vista de que todos los países tendrán su propio polvorín, cualquier brote de hostilidades podría extenderse fácilmente más allá de sus fronteras, como un incendio forestal sin control.

A estas alturas ya no estamos hablando de fundamentalistas en zonas alejadas de los países ricos, o de los llamados países bravos, prestos a probar qué tal les va en la guerra, sino de una gran inestabilidad en el corazón de la economía-mundo capitalista. Los empresarios capitalistas no sólo tendrán que preocuparse acerca de la compresión de utilidades, sino también de su seguridad personal. La inseguridad que ya experimentan, digamos, en Colombia, por no hablar del factor de alto riesgo si se es banquero en Rusia hoy en día podría extenderse a Canadá o Dinamarca.

El panorama que he pintado no es agradable. Es un escenario de mucho desorden e incertidumbres e inseguridad personal; de problemas estructurales fundamentales para los que no sólo no hay solución fácil, sino quizá ninguna posibilidad de mitigación. Es el escenario de un sistema histórico en grave crisis. Algunos dirán que soy pesimista. Yo creo que soy realista, pero no necesariamente pesimista. Desde luego, si uno tiene la certeza de haber estado viviendo en el mejor de todos los mundos posibles, no le agradará oír que se está acabando. Pero si se duda aunque sea un poco de que así sea, se hará frente al futuro con un poco más de sangre fría.

Se deben subrayar tres aspectos sobre el presente y el periodo venidero de desorden y desintegración. Aunque la experiencia será terrible, no será eterna. Sabemos que las situaciones caóticas producen por sí solas nuevos sistemas ordenados. Esto quizá no sirva de gran consuelo si agregamos que ese proceso podría tomar hasta cincuenta años. Lo segundo que-debemos tener presente es que la ciencia de la complejidad nos enseña que en situaciones caóticas derivadas de una bifurcación el resultado es inherentemente impredecible. No sabemos, no podemos saber, cómo terminará todo esto. Lo que sí sabemos es que el sistema presente no puede sobrevivir como tal. Habrá un sistema que lo suceda, o varios. Podrá ser mejor o peor, pero no será demasiado diferente en su calidad moral.

Es el tercer aspecto de las situaciones caóticas el que ofrece el lado amable de la historia. En los sistemas históricos, como en todos los sistemas funcionales vigentes, incluso las grandes fluctuaciones tienen efectos relativamente menores. Eso es lo que queremos decir con sistema. Un sistema tiene mecanismos que tratan de reinstaurar el equilibrio, y han tenido cierto éxito. Es por eso que a largo plazo las revoluciones francesa y rusa podrían percibirse como "fracasos". Ciertamente lograron menos en cuanto a transformación social de lo que sus partidarios esperaban. Pero cuando los sistemas se alejan mucho del equilibrio, cuando se bifurcan, las pequeñas fluctuaciones pueden tener efectos serios. Ésta es una de las razones principales por las que el resultado es tan impredecible. No podemos siquiera imaginar la multitud de pequeños detalles que tendrán un impacto crucial.

Traduzco este marco conceptual al lenguaje antiguo de la filosofía griega. Opino que cuando los sistemas funcionan normalmente el determinismo estructural pesa más que el libre albedrío individual y colectivo. Pero en tiempos de crisis y transición el factor del libre albedrío se vuelve fundamental. El mundo del 2050 será lo que hagamos de él. Esto nos deja carta blanca para que nos comprometamos y ejerzamos nuestro juicio moral. También significa que este periodo será una etapa de terrible lucha política porque hay más en juego que en la llamada etapa normal. Ahora pasaré a la cuestión de la naturaleza de esta lucha, y a los problemas de la misma.

3. UN MUNDO MATERIALMENTE RACIONAL, O ¿SE PUEDE RECUPERAR EL PARAÍSO?

Si en realidad, como he estado argumentando, estamos en una transición, larga y difícil, de nuestro sistema mundial existente a otro u otros, y si el resultado es incierto, nos enfrentamos a dos grandes preguntas: ¿qué tipo de mundo realmente deseamos? y, ¿por qué medio o camino tenemos más probabilidades de llegar a él?

Éstas, son antiguas interrogantes que muchos se han hecho por largo tiempo; durante los últimos dos siglos, para ser precisos. Pero la primera pregunta generalmente se ha formulado en términos de utopías y yo deseo referirme a ella en términos de utopística, es decir, de la evaluación seria de alternativas históricas, del ejercicio de nuestro juicio en lo que toca a la racionalidad fundamental de posibles sistemas históricos alternativos. Y la segunda pregunta se ha hecho en términos de la inevitabilidad del progreso, y yo deseo presentarla en términos del fin de la certeza, la posibilidad pero también la no ineludibilidad del progreso.

Todos conocemos las principales afirmaciones acerca de nuestro sistema histórico vigente. Aquellos que aseguran que representa el mejor de todos los mundos posibles tienden a destacar tres virtudes que se han reivindicado: la abundancia y la conveniencia material; la existencia de estructuras políticas liberales y la prolongación del promedio de vida. Cada una de éstas se ha sostenido al compararse con todos los sistemas históricos anteriores que se conocen. Por otro lado, la causa *en contra* de los méritos de nuestro sistema histórico existente defiende virtualmente lo opuesto a la misma lista de tres. Donde los defensores ven la abundancia y la conveniencia materia), los críticos ven la iniquidad y la polarización marcadas, y sostienen que la abundancia material y la conveniencia sólo existen para unos cuantos. Donde los defensores ven estructuras políticas liberales, los críticos ven la ausencia de una importante participación popular en la toma de decisiones. Donde los defensores ven una expectativa de vida más prolongada, los críticos resaltan la calidad de vida seriamente degradada.

De hecho, éstos son debates antediluvianos, pero podría resultar útil revisar las críticas a la luz de las evaluaciones positivas con el fin de ver a qué conclusiones podemos llegar acerca de lo que se necesita satisfacer en cualquier sistema alternativo que deseemos construir, ahora que la cuestión se presente ante nosotros. Por lo que ya he dicho, debe ser evidente que estoy del lado de los críticos, y no considero que el sistema mundial presente sea el mejor de todos los mundos posibles. Ni siquiera estoy seguro de que sea el mejor de los mundos que ya conocemos. Sin embargo, no deseo volver a tratar este asunto aquí.[1] En cierto modo resulta irrelevante demostrar las que considero limitaciones de nuestro actual sistema mundial. He estado afirmando que un número suficiente de personas piensan que tiene tantas limitaciones que no va a sobrevivir. La cuestión real que se nos presenta es qué deseamos sustituir.

Pero antes de concentrarme en esa pregunta debo dejar que descanse en paz un fantasma. Se trata de las fechorías de lo que en años recientes a algunos les ha dado por llamar "socialismo histórico", para referirse principalmente al conjunto de estados marxistas-leninistas que alguna vez fueron denominados "bloque socialista". Pero por analogía y extensión con frecuencia se usa el término para designar a muchos de los movimientos de liberación nacional y hasta a los partidos socialdemócratas en el mundo paneuropeo. Repasemos esta historia brevemente, ya que se ha usado para explicar que ninguna alternativa a nuestro sistema actual es realista o ni siquiera remotamente deseable. Los tres, principales cargos contra el socialismo histórico son: l) el uso arbitrario de la autoridad del Estado (y del partido); en el peor de los casos, el terror infundido por el Estado; 2) la extensión de los privilegios a una *nomenklatura,* y 3) extensas deficiencias económicas derivadas de la participación del Estado en la economía y que ocasionaron un retroceso, en lugar de promover el aumento del valor social.

Permítanme comenzar por admitir que estas imputaciones son, en gran medida, verdaderas, con toda certeza las dos primeras, como una evaluación histórica de los regímenes de Estado que existieron bajo los auspicios de estos partidos. Sin embargo, lo que uno puede replicar de inmediato es que también es cierto que muchos regímenes no auspiciados por estos partidos también hicieron uso arbitrario de la autoridad del Estado y hasta del terror infundido por el Estado, que concedieron privilegios extensos y excesivos a grupos vinculados o favorecidos por las autoridades del Estado, y que han sido increíblemente ineficientes, por lo que sin duda alguna retardaron el aumento del valor social.

No es excusa para las autoridades de cualquiera de los llamados estados

---

[1] Véase *El futuro de la civilización capitalista..* Barcelona, Icaria, 1997.

socialistas mencionar que estas características han sido comunes a la mayor parte de los regímenes de Estado a lo largo de la trayectoria histórica del moderno sistema mundial. De hecho, estas prácticas están tan difundidas que uno se podría preguntar por qué sus vicios no se atribuyen al sistema mismo, en lugar de a las instituciones (regímenes) dentro del sistema. ¿No será que fue el sistema en su conjunto el que creó dichos regímenes porque los necesitaba para su funcionamiento regular?

Seguramente algunos responderán que no todos los regímenes de Estado han sido así. Pero ni el mejor de los regímenes, en el mejor de sus momentos, estuvo exento de estos diversos vicios. Lo que es más importante, en la medida en que algunos regímenes eran (o parecían) mejores, se los consideraba estados liberales. Todos estos estados liberales se encontrarían en un rincón muy estrecho del sistema mundial, localizado en las áreas de riqueza y conocido únicamente en tiempos recientes. No es difícil explicar las razones, pues son las que suelen esgrimirse: el extenso estrato medio que reside dentro de las fronteras de estos países: la relativa satisfacción de este grupo con la parte que le corresponde del reparto global: la consecuente institucionalización del "Estado de derecho", que protegió a este estrato medio, aunque de alguna manera también sirvió para proteger a otros. Pero todas estas características dependían de la realidad de la polarización del sistema-mundo existente. Afirmar que las raíces de los regímenes liberales eran internas y "culturales" es dar una interpretación incorrecta de la historia y pasar por alto la fuerza relativa de diversos factores que contribuyeron a los resultados globales. En cualquier caso, como hemos visto con frecuencia, el liberalismo de los estados liberales fue siempre más precario de lo que solemos admitir.

Cualquiera que sea la explicación de estas limitaciones de los llamados estados socialistas, se debe recordar que nunca fueron entidades autónomas, que siempre operaron dentro del marco de la economía-mundo capitalista, limitada por las operaciones del sistema interestatal, y que no representaron —no pudieron representar— el funcionamiento de un sistema histórico alternativo. Sin embargo, esto no quiere decir que no podamos aprender de esta experiencia en nuestros esfuerzos por ejercer la uto-pística. Hemos aprendido lecciones útiles acerca de las consecuencias de mecanismos particulares que en el último de los casos son un alimento para el pensamiento.

Si hacemos una elección histórica fundamental en los próximos cincuenta años, ¿qué hay mientras tanto? Es claro que nuestra opción se encuentra entre un sistema (análogo al actual en algunos de sus fundamentos) en el que unos tienen privilegios muy superiores que otros, y otro que es relativamente democrático e igualitario. De hecho, todos los sistemas históricos que se conocen han sido del primer tipo hasta llegar al de ahora, aunque algunos han sido peores que otros en este aspecto. En realidad afirmaría que es muy posible que nuestro sistema existente ha sido el peor, por haber mostrado la mayor polarización precisamente debido a su supuesta virtud, la increíble expansión de la producción de valor. Con mucho más valor producido, la diferencia entre el estrato superior y el resto podría ser y ha sido mucho mayor que en otros sistemas históricos, aun cuando sea verdad que el estrato superior del sistema presente ha abarcado un porcentaje mayor de la población total que el de los sistemas históricos precedentes.

No obstante, el simple hecho de que todos los sistemas históricos previos hayan sido sistemas no democráticos, desiguales, no quiere decir que no se pudiera avizorar un sistema relativamente democrático e igualitario. Después de todo, hemos estado mucho tiempo hablando acerca de esta posibilidad, y es claro que le resulta atractiva a mucha gente. En nuestro actual sistema lo que garantiza las iniquidades y por consiguiente, necesariamente, la ausencia de una verdadera participación democrática en la toma colectiva de decisiones, es la prioridad de la acumulación incesante de capital. Lo que la gente teme es que si se elimina esta prioridad se tendría que sacrificar la relativa eficiencia productiva o una sociedad libre y abierta. Averigüemos si cualquiera de estas consecuencias tiene una correlación impres-cindible con la eliminación de la prioridad de acumulación incesante de capital. ¿Se podría idear una estructura que le diera prioridad a maximizar la calidad de vida para todos (supuestamente el original ideal liberal benthamita) al tiempo que se limitasen y controlasen los medios de violencia colectiva de tal modo que todos se sintieran relativa e igualmente seguros en su persona y disfrutaran la variedad más amplia posible de opciones individuales sin poner en riesgo la supervivencia o la igualdad de derechos de los demás (supuestamente el ideal original de John Stuart Mili)? A esto

se lo puede llamar la realización de ideales liberales en todo el mundo en el contexto de un sistema igualitario, o una democracia, como dicta la teoría, en oposición a las autocracias modificadas y ocultas que engañosamente hemos calificado de regímenes democráticos.

Esto, por sí mismo, no cumpliría con el objetivo de un sistema democrático e igualitario. Tendría que suceder que todos pudieran trabajar en el empleo o empleos que les satisficieran y que, en caso de una necesidad especial e inesperada, se contara con asistencia social. Y, por último, necesitaríamos saber que los recursos de la biosfera se preservaban adecuadamente, de modo que no hubiera pérdidas intergeneracionales y, por lo tanto, no hubiera explotación intergeneracional.

¿Qué podría lograr esto? Comencemos con el asunto de la remuneración. Por lo general se afirma que la retribución monetaria es un incentivo para el trabajo de calidad. Supongo que en ocasiones es verdad, pero una cosa es retribuir a un artesano por la artesanía de calidad y otra retribuir a un ejecutivo por lograr extraordinarias ganancias para una empresa. Son diferentes en dos sentidos. Es claro que una buena artesanía es un trabajo de calidad. Pero la obtención de extraordinarias ganancias sólo es trabajo de calidad si uno acepta la prioridad de la acumulación incesante de capital. Es difícil justificarlo en cualquier otro terreno. La segunda diferencia es la dimensión de la retribución. Aumentar el ingreso de un artesano en un 10 o hasta 25% por su trabajo de calidad es muy diferente de aumentar el ingreso de un ejecutivo en un 100 o hasta un 1000 por ciento.

¿*Es* realmente cierto que un gerente industrial sólo trabajará bien si recibe el tipo de incentivos que puede obtener en el sistema presente? Considero que es absurdo pensar así. Tenemos el claro ejemplo de muchos tipos de profesionales (como los profesores universitarios) cuyo principal estímulo para trabajar bien no es el aumento relativamente pequeño en las retribuciones materiales sino más bien una combinación de reconocimiento y mayor control sobre su propio tiempo de trabajo. Por lo general la gente no gana premios Nobel bajo el estímulo de la acumulación incesante de capital. Además, hay un número notablemente mayor de personas en nuestro sistema actual cuyos incentivos no son en gran medida monetarios. De hecho, si el reconocimiento y el control cada vez mayor del propio tiempo de trabajo se ofrecieran de manera general como incentivos ¿no habría mucha más gente que los encontrara satisfactorios por sí mismos?

Si luego agregáramos a este conjunto un tanto modificado de prioridades sociales un sistema mucho mejor de elección de carreras, de tal modo que la gente pudiera hacer el tipo de trabajo que por cualquier razón encontrara más satisfactorio, tal vez se reduciría de manera importante la anomia. Y si permitiéramos, estimuláramos y organizáramos múltiples funciones dentro de una carrera, cada año y/o sucesivamente a lo largo del tiempo, ¿quién sabe con qué esquema podríamos incrementar la satisfacción general? Además, esto aumentaría las posibilidades de igualar las responsabilidades familiares, sobre la cuales hemos hablado tanto en años recientes... y hecho tan poco, agregaría

La codicia es una emoción muy corrosiva, y nuestro actual sistema la fomenta, la alaba, prácticamente, pues la retribuye. ¿Queremos decir con esto que ninguna sociedad puede ser libre si no se pone algún freno moral a la codicia y si en esa sociedad se incorporan contravalores en nuestro superyó? Algunas personas afirman que la caridad puede equilibrar la codicia, pero la caridad no demuestra la ausencia, ni siquiera la disminución, de la codicia. Bien puede ser meramente la expresión de la culpa derivada de la codicia. Las contribuciones caritativas sólo representan la verdadera caridad —es decir, cariño, afecto, consideración, como nos lo dice su etimología— cuando se realizan como una obligación derivada del clamor por justicia, no cuando se trata de una ofrenda de paz a los dioses.

La eficiencia es un fenómeno deseable, pero sólo es un medio para llegar a un fin. ¿Para qué fin la hemos estado utilizando? ¿La podemos emplear para otros? Por ejemplo, si aumentamos la producción de acero o de computadoras o de granos —es decir, si demostramos que se pueden producir con el mismo nivel de calidad con costos menores de insumos reales—, ¿por qué lo hacemos? Si no hubiera retribuciones por aumentar la acumulación de capital pero sí por satisfacer las necesidades reales ó por extender la distribución, ¿es realmente inconcebible que quienes realizaron la operación no hubieran trabajado con eficiencia? Seguro que eso

no puede ser, o no podríamos justificar toda la variedad de actividades que llamamos profesionales. ¿Es realmente cierto que, en promedio, los grandes hombres de negocios de la actualidad son más eficientes que los arquitectos o los mecánicos de las poblaciones pequeñas? Nunca he visto nada que lo demuestre, y eso contradice mis observaciones iniciales del ámbito social. Si la eficiencia en la acumulación de capital fuera la única consideración, los zares de la droga que hay en el mundo serían magníficos modelos de los alcances de la codicia por estimular la productividad.

¿Las grandes organizaciones son más eficientes que las pequeñas? Una vez más, depende del criterio. Por supuesto que el tamaño afecta los costos, pero no siempre en una dirección estrictamente lineal. En cualquier caso, en nuestro sistema actual el tamaño de las operaciones productivas tiene que ver con mucho más que con una eficiencia productiva. Tiene que ver con optimizar la evasión de impuestos y de reglamentaciones, o con los beneficios del monopolio relativo ante los beneficios de reducir los costos de coordinación, o de cambiar las cargas de riesgos en tiempos de expansión económica mundial contra los tiempos de contracción económica mundial. Éstas son todas las consideraciones que desaparecen una vez que se elimina la prioridad de la acumulación incesante de capital. En sí mismas, las consideraciones de eficiencia probablemente llevarían a una gran variedad de tamaños de actividad económica. Sin duda alguna habría menos estructuras gigantes y un mayor número de estructuras medianas, en lugar del implacable gigante del aumento de tamaño —la concentración mundial de capital y, por lo tanto, de propiedad y estructuras organizadas— que existe en el sistema actual.

Supongamos que todas las estructuras económicas se definieran como estructuras no lucrativas, pero que el control privado fuera una opción abierta, hasta ampliamente usada. Desde hace varios siglos hemos conocido este sistema en los llamados hospitales no lucrativos. ¿Son notoriamente menos eficientes y menos competentes desde el punto de vista médico que los hospitales privados y del Estado? De ninguna manera, por lo que sé. En realidad, probablemente sea todo lo contrario. ¿Por qué se debe limitar esto a los hospitales? ¿No se podría tener una compañía de luz no lucrativa con el modelo del hospital no lucrativo? Desde luego que se puede argumentar que la tendencia en la actualidad, incluso en los hospitales, es avanzar hacia el modelo de estructuras privadas y lucrativas. No cabe duda, pero éste es precisamente el resultado de la mercantilización de todo, que es la base de nuestro sistema actual. ¿Esto ha mejorado la eficiencia? ¿Ha mejorado la atención médica? El principal argumento en el que se basan quienes lo propusieron es que mantendrá reducidos los costos de la atención médica. Personalmente, dudo que lo logre. Lo más probable es que se logre redistribuir el dinero que .hasta la fecha se había gastado en la atención médica para aplicarlo a la acumulación de capital. ¿Esto es realmente deseable? ¿Quién lo desea?

Entonces, el primer elemento estructural que propongo como una posible base de un sistema alternativo es la construcción de unidades descentralizadas no lucrativas como modo subyacente de producir dentro del sistema. Podría ofrecer los mismos incentivos para la eficiencia que los de nuestro actual sistema —probablemente mayores— y evitaría el temor de que la centralización, sobre todo a través de los mecanismos del Estado, haga poco probable la experimentación y la diversidad, y con el tiempo lleve a una toma de decisiones autoritaria y a una pereza burocrática. Pero esto aún deja en pie preguntas sobre cómo se podrían relacionar entre sí estas unidades, y sobre qué bases. Tampoco trata el asunto de la organización interna dé estas unidades de producción, lo que podríamos llamar democracia en el lugar de trabajo.

¿Cómo se entrelazan múltiples empresas productivas no lucrativas? Tal vez precisamente en la forma que dicta el modelo teórico del *laissez-faire:* mediante el mercado, el mercado real y no el mercado mundial controlado de manera monopólica que tenemos en el actual sistema. ¿Necesitamos algún tipo de regulación? Por supuesto que sí, tal vez sí, alguno parecido a las luces del semáforo en una vía transitada. No se requieren oficinas encargadas de planear la producción. La regulación se puede limitar a contrarrestar el fraude, mejorar las deficiencias de información y enviar señales de advertencia ante una sobreproducción o subproducción.

Tampoco es necesario que estas unidades de producción no lucrativas sean internamente autocráticas. Aun así los intereses de los trabajadores pueden diferir de

los intereses de los administradores. Seguirá siendo esencial algún modo de negociación, con sindicatos o con alguna institución similar que represente los intereses colectivos del trabajador: además también se necesitará instrumentar alguna forma de participación del trabajador en la toma de decisiones en los altos niveles. Se necesitaría establecer un modo de libertad del trabajador para moverse entre las organizaciones contratantes sin perder las prestaciones vitalicias. (Es decir, las prestaciones vitalicias tendrían que asignarse a una estructura ajena a la organización misma de la producción.) Además, se tendría que idear un método para ajustar el tamaño de la fuerza laboral a las necesidades de la producción, junto con algún tipo de mecanismo para asegurar que los trabajadores puedan encontrar un empleo alternativo satisfactorio. Por último, se tendría que construir un sistema de penalización para la pereza y la incompetencia verdaderas. Podríamos debatir durante mucho tiempo los detalles de como cumplir cada una de estas necesidades. Y cuando va se hayan decidido, seguirán estando en discusión constante. La cuestión es que ninguno de ellos representa un obstáculo inherentemente insuperable que la gente de buena voluntad no pueda resolver, más o menos bien, dentro del marco de un sistema mundial no impulsado por la acumulación incesante de capital.

¿Entonces qué sucede con las cuestiones que tanto y tan enérgicamente hemos estado discutiendo en los últimos años: las inequidades raciales, de género y nacionalidad? No vale la pena luchar por ningún sistema mundial que no haga un mayor esfuerzo que el actual para tratar estos aspectos. Yo no diría que eliminando la prioridad dada a la acumulación incesante de capital se asegurará de manera automática la igualdad racial, de género y de nacionalidad. Lo que pienso es que eliminaría una de las razones más poderosas de las inequidades. Después de todo, el verdadero trabajo comienza libre de esta onerosa limitación. Tal vez con la eliminación de los temores económicos —o por lo menos su reducción—, en el último de los casos desaparecerá el elemento letal.

Uno de los principales asuntos que ha estado en discusión se refiere a los resultados, dentro del sistema actual, de lo relativo a la distribución de las posiciones y retribuciones. La realidad del actual sistema es que los resultados de la asignación de trabajos y de verdadera calidad de vida están marcadamente sesgados según la raza, el género y la nacionalidad. Los defensores del sistema actual argumentan que esto es simplemente el resultado de usar como criterio la meritocracia, y que este criterio representa un modo moralmente virtuoso de distribución. Los críticos afirman que la meritocracia oculta las tendencias institucionalizadas en la distribución, las cuales afectan la capacidad de competir en "pruebas" para adultos mucho antes de que los candidatos lleguen a la línea de inicio.

De hecho, ambas opiniones son correctas. La meritocracia sí representa una presión democratizadora, pero también es verdad que en nuestro actual sistema los dados están cargados. No obstante, analizaremos lo que en realidad implica la meritocracia. Supongamos que le ponemos una prueba, cualquier prueba, a un grupo de cien personas, y obtenemos resultados cuantificados. ¿Acaso la persona que obtiene el lugar 38 es en realidad más competente que la persona 39? La idea misma es absurda. Lo que probablemente podríamos decir, si ésta es una prueba de competencia, es que las 10 primeras son muy buenas y las 10 últimas son muy deficientes, y que las 80 intermedias son sólo eso, intermedias. Supongamos que luego se nos pidiera que asignásemos 50 puestos según el resultado de esta prueba, ¿Debemos darlos a los primeros 50? Otra posibilidad sería otorgar 10 puestos a los 10 primeros, descartar a los 10 últimos y sortear a los 80 intermedios para ocupar los 40 puestos restantes. Por supuesto que estoy inventando los porcentajes exactos, pero las pruebas de cualquier tipo son un mecanismo limitado para discernir la capacidad, y en realidad no siempre califican de manera convincente a las personas. Sin embargo es verdad que siempre hay una minoría que es excepcionalmente apta y otra minoría que es excepcionalmente no apta. Siempre que tomemos en cuenta este hecho, pero recordemos que estas dos categorías son relativamente pequeñas, podremos realizar una distribución al azar de los puestos entre los demás. El simple hecho de seguir esta práctica reduciría el racismo y el sexismo institucionalizados.

Recordemos que no estoy proponiendo una utopía, sino rutas para una racionalidad material mayor. La reducción seria de estas inequidades requerirá mucho trabajo colectivo. No obstante sería intrínsecamente posible idear un mundo social en el que las discriminaciones lleguen, cuando mucho, a ser menores, en lugar de continuar siendo fundamentales para la operación del sistema histórico como lo

son hoy. En la actualidad envenenan toda la vida social, en cualquier parte; dominan nuestra mentalidad; causan indecibles estragos, tanto físicos como psicológicos, no sólo entre quienes pertenecen a los grupos oprimidos, sino también entre quienes pertenecen a los grupos dominantes. Los fatales resultados no han mejorado, sino empeorado. Estas inequidades son inaceptables desdé el punto de vista moral, e irresolubles dentro del marco de nuestro actual sistema mundial. Afortunadamente, este sistema está por extinguirse. La pregunta es, ¿qué está por llegar? ¿Tendremos entonces una sociedad sin clases? También dudo esto, en el sentido de que acabar con la polarización no significa acabar con la variación, incluyendo la variación en la posición de las clases. Pero al igual que con la raza, género y nacionalidad, significa transformar la distinción, de una profundamente arraigada y corrosiva, a otra que podría tener un impacto relativamente menor y limitado. No hay ninguna razón fundamental por la que no podamos superar estas tres grandes consecuencias de la diferencia de clases: acceso desigual a la educación, a los servicios de salud y a un ingreso honorable garantizado de por vida. No debería ser dejar estas tres necesidades fuera de la mercantilización para proporcionarlas mediante instituciones no lucrativas y pagadas de manera colectiva. En la actualidad así lo hacemos con el suministro del agua y, en muchos países, con el servicio de bibliotecas. Hay quienes afirman que entonces los costos mundiales se saldrían de control. Podría ser, pero hay muchas respuestas para las asignaciones colectivas de costos que no pasen por la
mercantilización. Se trata de una decisión social que no podemos evitar y no debemos querer evitar.

¿Podemos evitar la creación de *nomenklaluras?* Puesto que el cargo público ya no debe ser la única garantía rápida de un mejor acceso a la educación, la salud y el salario mínimo de por vida (porque éstos serian universales), y puesto que río habría establecimientos para estructuras económicas lucrativas, ¿cuál sería el objetivo de una *nomenklatura?* Por primera vez podríamos alcanzar el ideal de Weber: un servicio civil desinteresado en el que todos los miembros participasen por satisfacción laboral y no por todas las demás razones por las que participan en la actualidad. Desde luego que un elemento esencial para evitar una *nomenklatura* sería un conjunto verdaderamente democrático de instituciones políticas. Y en este caso puede ser útil la idea de los periodos de ejercicio limitados, tan apreciada por las fuerzas conservadoras de la actualidad. Pero nada funcionará a menos que la mayoría de la población considere que en realidad tiene una importante influencia en la toma de decisiones políticas, un impacto que tiene que ir mucho más lejos que el simple poder de veto para votar una vez cada cuantos años en contra de los que están en el poder.

Aquí llegamos a la pregunta sobre cómo se obtienen una participación y un sentido de participación amplios, en formas que no se puedan canalizar y. por lo tanto, distorsionar, mediante la inversión masiva de dinero en campañas en los medios de comunicación. De nuevo tenemos una cuestión problemática, pero apenas insalvable. Para empezar, ¿de dónde vendrán las inmensas sumas si no hay una acumulación incesante de capital: Y. dados los avances tecnológicos en los flujos de información de estos días?, ¿no se podrían organizar las cosas de tal modo que no hubiese desequilibrios financieros entre las perspectivas opuestas?.- Otra vez tenemos algo no del todo imposible desde el punto de vista técnico. Esto puede no ser suficiente para garantizar un sentido de democracia real, pero sería un comienzo. Aquí también apenas se iniciaría, no terminaría, el trabajo verdadero con el establecimiento de este tipo de sistema histórico.

En lo concerniente a la preservación de la biosfera, sólo hay un elemento sencillo, viable y necesario para lograrla. Debemos exigir que todas las organizaciones de producción incorporen todos los costos, incluso los necesarios para garantizar que su actividad, productiva no contamine ni agote los recursos de la biosfera. Es decir, los costos de restauración y/o limpieza inmediata serían integrados al proceso de producción y, por lo tanto, a los costos de producción. Desde luego que esto no bastaría por sí mismo, pero por lo menos garantizaría que el desperdicio nunca fuera un asunto superficial. Aún puede haber diferencias de opiniones acerca de las consecuencias que tiene una actividad productiva particular para la biosfera. No hay respuestas científicamente definitivas. Estas cuestiones acaban por convertirse en decisiones políticas. ¿Es x en realidad más importante que y? Con frecuencia ésta es una elección entre el consumo presente y el futuro, entre las generaciones actuales y las que todavía no nacen, entre los riesgos calculados en un dominio del universo

contra los riesgos calculados en otro. Éstos son juicios sociales que deben hacerse de manera democrática, con la participación de todos los que resulten afectados por las decisiones.

El asunto subyacente es la evaluación medida de los costos sociales, y el problema es cómo hacer que dicha evaluación sea realmente colectiva. No es una cuestión restringida a los asuntos ecológicos. Cuando consideramos los costos de salud, ¿debemos gastar más en los niños o en los ancianos? El ingreso real de la población trabajadora más saludable, de edad intermedia, ¿debería reducirse para cubrir los gastos de salud marginales para los jóvenes, los ancianos y quienes necesitan atención especial? ¿Cuánto debería reducirse? En nuestro sistema actual estas decisiones se toman con base en intereses individuales, tal vez moderados por una limitada interferencia colectiva. A medida que suben todos los costos y aumenta la demanda social de democracia e igualdad, los resultados de nuestro sistema actual cada vez parecen más absurdos e irracionales. ¿Pero cómo evaluamos esto de manera colectiva? ¿Qué es fundamentalmente racional en términos de la asignación de nuestros recursos no ilimitados? Seguro que no podemos saberlo sin una plática abierta, con una amplia variedad de gente y en la mayor cantidad posible. Pero, ¿cuál es la mejor manera de institucionalizar esto, y a escala mundial, sin retirar el terreno de decisiones de las apor- taciones y el control de la gente común?

Hay una cosa de nuestra parte en esta búsqueda de racionalidad fundamental para la buena sociedad (o por lo menos para una sociedad mejor): la creatividad humana. En este aspecto no hay límite para el potencial. Lo que sabemos acerca de los sistemas complejos es que se organizan a sí mismos y que repetidamente inventan nuevas fórmulas, nuevas soluciones para los problemas existentes. Sin embargo, no deseo introducir aquí furtivamente un concepto de progreso inevitable, ya que la creatividad no siempre es positiva. Lo que funciona no es necesariamente lo que es bueno desde el punto de vista moral, y lo que es bueno desde el punto de vista moral no se logra con sólo predicarlo. Como nos dicen casi todas las religiones del mundo. Dios nos dio el libre albedrío y, por lo tanto, la posibilidad intrínseca de hacer el bien y el mal. Así, llegamos a la cuestión política; ¿cómo podemos lograrlo o qué podemos hacer en los próximos 25 a 55 años para alcanzar un sistema histórico y social materialmente más racional?

Esto nos hace retroceder al periodo de transición, al periodo del infierno en la tierra. No presenciaremos un simple debate político que vuelva a lo anterior, una discusión amistosa entre angelitos. Será una lucha de vida o muerte, pues estamos hablando de sentar las bases para el sistema histórico de los siguientes quinientos años, y estamos debatiendo si sólo deseamos un tipo más de sistema histórico en el que prevalezca el privilegio y se minimicen la democracia e igualdad, o si deseamos avanzar en la dirección opuesta, por primera vez en la historia conocida de la humanidad.

Lo primero que hay que tomar en cuenta es cómo reaccionarán —y de hecho están reaccionando— los actuales privilegiados. No se puede esperar que un segmento importante de quienes gozan de privilegios, los cedan sin luchar, simplemente por cumplir con sus responsabilidades éticas o hasta por su visión histórica. Se debe suponer que buscarán preservar el privilegio. Cualquier otra suposición es inverosímil y alejada de la realidad. Aun así, no sabemos cuál será su estrategia.

La estrategia óptima para defender el privilegio —la que tiene más probabilidades de resultar eficaz— ha sido desde hace mucho tiempo tema de debate entre los privilegiados, y no es una cuestión sobre la que hasta ahora las ciencias sociales nos hayan ofrecido una evidencia definitiva. Para comenzar por lo más fácil, existe una divergencia de opiniones entre los que consideran que la clave es la represión (por lo menos la represión sensata) y quienes piensan qué el secreto son las concesiones de un poquito de participación con el fin de preservar el resto. Por supuesto que se puede intentar hacer una mezcla de ambas fórmulas, pero sigue en pie una pregunta: en qué proporción y en que secuencia.

El hecho de que históricamente se hayan utilizado ambos métodos no es por sí mismo una evidencia de que los dos funcionen igual de bien, o de que alguno o algunos que funcionaron bien en el pasado funcionen bien en el presente, o de que alguno que funcionó bien durante la trayectoria continua normal de nuestro actual sistema histórico funcionará bien en el periodo de bifurcación y transición. Lo que podemos decir es que el conocimiento acumulado de historia mundial y los medios de

comunicación global, en gran medida mejorados, garantizan que durante esta transición histórica habrá más reflexión inteligente, una toma de decisiones más consciente por parte de los privilegiados, que durante cualquier otra transición anterior. Los privilegiados inevitablemente están mejor informados y, por lo tanto, tienen más conciencia social que antes. También son mucho más ricos y tienen medios de destrucción y represión mucho más fuertes y efectivos que nunca.

Podría pensarse que cuentan con la capacidad para desempeñarse bien. Desde luego que tendrán el problema de siempre. No son un grupo sectario organizado y disciplinado. Son un grupo amorfo, muy variado, de beneficiarios de las circunstancias actuales. Algunos son más poderosos y acaudalados que otros, y por mucho. Algunos son más inteligentes y sofisticados que otros. Algunos están realmente organizados en grupos más bien pequeños, otros un tanto a la deriva, y por supuesto compiten entre sí en la medida en que tienen un interés colectivo, de clase, sobre ciertos resultados.

Aun así, como he afirmado, se encuentran colectivamente en dificultades estructurales. Esto significa que tienen que hacer algo. Pero la pregunta no es sólo qué, sino también cuándo, ¿Se deben limitar a buscar ventajas a corto plazo hasta que el sistema muestre signos más visibles de derrumbe, o deben aceptar sus pérdidas de inmediato bajo la suposición de que una puntada a tiempo ahorra ciento? Esta pregunta es más difícil dependiendo: de quién estemos hablando, si se trata de los superpoderosos o simplemente de los privilegiados comunes. Los primeros pueden aceptar con mayor facilidad las pérdidas a corto plazo que los segundos, con el fin de salvaguardar sus privilegios a largo plazo.

El problema más grande para los privilegiados surge con la conciencia de una crisis sistémica, cuando finalmente les llega (si les llega), e integran esta expectativa a sus procedimientos operacionales. En ese punto es posible que busquen poner en práctica el principio de Lampedusa cambiarlo, todo (o fingir que lo cambian) con el fin de que nada cambie (aunque parezca que sí). Este procedimiento es extremadamente engañoso. El primer problema es inventar el cambio (menos fácil y obvio de lo que uno podría pensar). El segundo es engañar a una gran parte del bando del que se forma parte. El tercero es engañar a los oponentes.

¿Qué tipo de alternativa pueden inventar? No tengo la menor idea. ¿Alguien en la Europa del siglo XV pudo haber predicho qué tipo de alternativa inventaría un estrato feudal en desintegración para salvarse a sí mismo? Y si alguno lo hubiera predicho, ¿cuán probable era que hubiera previsto nuestra actual economía-mundo capitalista, que precisamente ha tenido el resultado de Lampedusa: un sistema capitalista que es en la mayor parte de los aspectos diferente del sistema feudal, excepto en la consecuencia crucial de asegurar resultados desiguales, y en muchos casos hasta los mismos estratos, por lo menos en los siglos iniciales?. Ciertamente no voy a tratar reinventarlos. Sin embargo, supondré que el método con más probabilidades de triunfar sería aquel que incluyera muchos de los términos de los inconformes. Hace veinte años hubiera dicho que el programa vendría bajo ala apariencia del marxismo, pero por muchas razones ahora esto parece muco menos probable. Puede venir con el pretexto de la ecología o del multiculturalismo o de los derechos de la mujer. No estoy sugiriendo nada sospechoso acerca de quienes hoy apoyan estas diversas causas; las tres me parecen formas indispensables de rebelión contra los abusos de nuestro actual sistema mundo. Pero la retórica es proselitista, aun cuando los movimientos se resistan al proselitismo. Y como hemos visto, es muy difícil para los movimientos no dejarse llevar por la corriente al paso del tiempo, en especial si por este medio pueden obtener parte de sus objetivos inmediatos.

No obstante, los privilegiados necesitan algo más que limitarse a adoptar una retórica radicalmente diferente. Tienen que usar la retórica para establecer un conjunto de instituciones radicalmente diferentes. Es aquí donde se enfrentan a dos problemas más. Uno yace en su propio bando y en dos formas. La primera es que lo que puede ser bueno para un todo mundial puede no serlo para subgrupos entre los privilegiados. Desde luego que los subgrupos perdedores no desearán continuar, lo que puede alterar la viabilidad política de la operación. Es imposible incluso intentar predecir los detalles.

Pero la segunda forma de dificultad dentro del bando de los privilegiados presenta dilemas aún más grandes. Supongamos que algún grupo astuto idea una estrategia

efectiva conforme al principio de Lampedusa. Es posible que muchos de los de su bando no comprendan lo que está sucediendo, por lo que pueden mostrarse renuentes a dar su apoyo político (o financiero en realidad). ¿Qué hacer en este caso? Por supuesto que los proponentes podrían dar una explicación clara, pero eso frustra el propósito mismo de una estrategia de Lampedusa. Entonces tendrán que defenderla discreta e indirectamente, lo cual puede o no convocar a los demás.

Y esto conduce directamente a la tercera forma de dificultad: como persuadir a la gran mayoría de que el no cambio es en realidad un cambio, de que la transformación va en dirección de un mundo materialmente mas racional que el solo cambiar la forma de irracionalidad material. El elemento clave de una estrategia de Lampedusa es nunca proclamar la verdadera estrategia muy abiertamente, sin insistir es una estrategia superficial. Hasta donde yo sé nunca ha funcionado en realidad un enfoque tipo Ayn Rand de, la glorificación del derecho de los individuos fuertes a recoger sus ganancias desiguales.

Es aún menos probable que funcione ahora, aunque la atracción momentánea de la teoría neoliberal puede parecer evidencia de lo contrario. Yo sostendría que la reacción pública ya se está mostrando y es muy visible, y que oiremos cada vez menos argumentos neoliberales a medida que avanzamos hacia el siglo XXI. Si embargo, el bando de los privilegiados debe tender una peligrosa cuerda floja dar suficientes explicaciones a favor para congregar a sus partidarios, pero no tantas como para sostener la evidencia y los motivos de fiera oposición del otro bando. No será fácil, y éste es otro elemento absolutamente imposible de prever con detalle.

En cuanto a los oprimidos en nuestro sistema actual, ¿cómo actuarán? Tienen por lo menos tantos problemas como los privilegiados. Si estos constituyen un grupo heterogéneo y amorfo, los oprimidos lo son aún más. Si el bando de los privilegiados contiene una amplia variedad de intereses inmediatos e incluso a largo plazo, lo mismo ocurre con el bando de sus oponentes. Y, desde luego, en comparación con los privilegiados, los oprimidos tienen en la actualidad menos poder, menos organización, menos recursos a su disposición para librar cualquier batalla política global. Sobre todo cabría agregar que se librará una lucha en formas múltiples: violencia abierta, batallas electorales y legislativas casi corteses, debates teóricos dentro de las estructuras del conocimiento y llamamientos públicos a una retórica desconocida y con frecuencia acallada.

En realidad no puedo decir mas acerca de esto, excepto que el concepto de una coalición de arco iris es probablemente el único viable, pero es tremendamente difícil de poner en práctica. Además, la táctica de exigir que los privilegiados estén a la altura de la retórica liberal sin duda causara estragos, pero también es muy difícil de poner en práctica. Lo que debe quedar claro es que no he propuesto un programa, sino sólo algunos elementos que deben incluirse en la dilucidación de un programa, sobre cómo se puede institucionalizar *un* sistema histórico materialmente más racional y cómo se puede atravesar el periodo de transición con el fin de lograr el objetivo planteado. Estas propuestas deben debatirse, complementarse o remplazarse por otras mejores, y el debate debe ser mundial.

Ahora debemos regresar a las afirmaciones originales acerca de la estructura de los sistemas. Recordemos el patrón nacen, perduran según las reglas y en algún punto entran en crisis, se bifurcan y transforman en otra cosa. El último periodo, el de transición, es en particular impredecible, pero también está particularmente sujeto a aportaciones individuales y de grupo, lo que yo he llamado el factor del aumento del libre albedrío. Si deseamos aprovechar nuestra oportunidad, lo que me parece una obligación moral y política, primero debemos reconocer la oportunidad por lo que es y lo que consiste. Esto exige reconstruir la estructura del conocimiento de modo que podamos entender la naturaleza de nuestra crisis estructural y, por lo tanto, nuestras opciones históricas para el siglo XXI. Una vez que entendamos nuestras opciones, debemos estar listos para participar en la batalla sin ninguna garantía de ganarla. Esto es crucial, ya que las ilusiones sólo engendran desilusiones, con lo que se vuelven despolitizantes. Por último, nuestra acción táctica —nuestros juicios intelectuales, morales y políticos— debe ser directa y clara sin dejar al mismo tiempo de ser sutil y a mediano plazo. Se nos insta a que tengamos cuidado con un oponente engañoso y que confiemos en la buena fe fundamental de los aliados que no comparten todos nuestros antecedentes, necesidades o predisposiciones, o de hecho nuestros intereses. Esto puede parecer una fórmula para superpersonas.

Considero que lo es más bien para aquellos que esperan alcanzar un mundo materialmente racional, mejor que el que vivimos hoy.

Me gustaría plantear una última pregunta. ¿La gente que está en el poder sólo construye su privilegio? Por supuesto que no; nunca ha sido así. Algunas veces cede algo de éste, pero sólo como una táctica para mantener la mayor parte. La gente que está en el poder nunca ha sido tan poderosa o acaudalada como lo es en el mundo contemporáneo. Y, ciertamente, la que no está en el poder (o por lo menos mucha de ella) nunca ha estado en tan malas condiciones, en un sentido relativo y, en grado considerable, en un sentido absoluto. Por lo tanto, la polarización nunca ha sido tan grande como ahora, lo que significa que la probabilidad de una renuncia noble al privilegio es el resultado menos factible.

Que se diga eso es irrelevante para mi tesis. He afirmado que existen limitaciones estructurales para el proceso de acumulación incesante de capital que rige nuestro mundo actual, y que esas limitaciones en la actualidad saltan a la primera plana como un freno para el funcionamiento del sistema. He señalado que estas limitaciones estructurales —que he llamado las asíntotas de los mecanismos operativos— han creado una situación estructuralmente caótica, difícil de soportar y que tendrá una trayectoria por completo impredecible. Por último, he sostenido que un nuevo orden surgirá de este caos en un periodo de cincuenta años, y que este nuevo orden se formará como una función de lo que todos hagan en el intervalo, tanto los que en el actual sistema tienen el poder como quienes no lo tienen. Este análisis no es optimista ni pesimista, en el sentido de que no predigo y no puedo predecir si el resultado será mejor o peor. Sin embargo, es rea lista al tratar de estimular las discusiones sobre los tipos de estructuras que en realidad mejor nos pueden servir a todos nosotros y los tipos de estrategias que nos pueden impulsar en esas direcciones. Así que, como dicen en África Oriental, *¡harambee!*